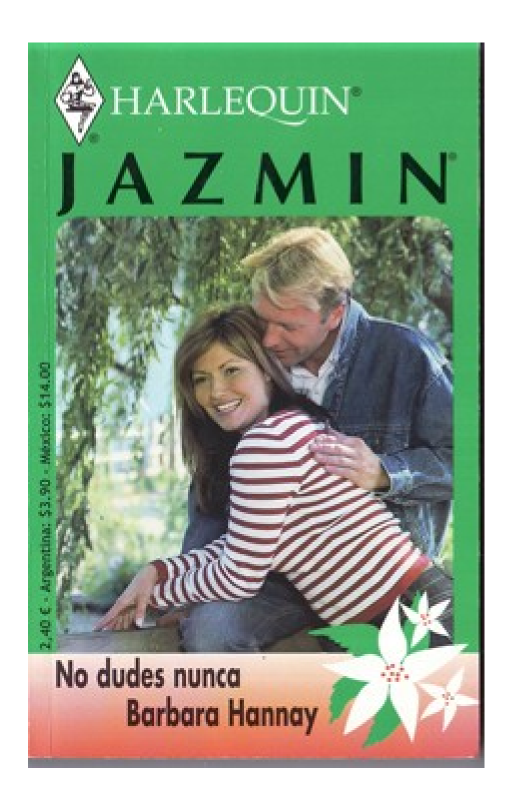


JAZMIN

No dudes nunca

Barbara Hannay


HARLEQUIN
JAZMIN
2,40 € · Argentina: $3.90 · México: $14.00
No dudes nunca
Barbara Hannay

No dudes nunca
Barbara Hannay
3º ¡Quizás un bebé!

No dudes nunca (2002)
Título Original: Their doorstep baby (2002)
Multiserie: 3º ¡Quizás un bebé!
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1736
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Adam Townsend y Claire Townsend

Argumento:

Claire y Adam Townsend habían hecho todo lo posible para conseguir tener un hijo, pero nada había funcionado. De repente un día apareció en su puerta un recién nacido…

Claire estaba emocionada con la sorprendente llegada del pequeño, pero a Adam le preocupaban las misteriosas circunstancias en las que esa llegada había ocurrido y creía que debían averiguar quiénes eran los verdaderos padres del niño antes de adoptarlo como si fuera suyo…

Capítulo 1

Principios de Diciembre, Sidney

Adam Townsend sabía que algo iba mal. Muy mal. En cuanto oyó sus pasos, lo supo. Levantó la vista y la vio completamente pálida.

Tenía incluso los labios blancos y los ojos, llorosos. Estaba apoyada en el marco de la puerta, como para no caerse. ¿Qué sucedía? Parecía enferma… frágil como una muñeca de porcelana.

—Claire, ¿qué pasa? —preguntó Adam levantándose sin hacer caso a las protestas de sus sobrinos, con los que estaba jugando—. ¿Qué sucede?

—Creo que he cometido un error espantoso —susurró ella. Adam sintió pánico.

¿Había llegado el momento que llevaba semanas temiendo? ¿La creciente infelicidad de su mujer la había llevado a decir algo de lo que se arrepentiría o a hacer algo de lo que ambos se arrepentirían?

—¿Qué error?

Claire no podía hablar. Sacudió la cabeza y desapareció tan rápido como había aparecido.

—Quedaos aquí —dijo Adam a los tres niños.

Siguió a su mujer hasta la cocina de la cabaña de su hermano Jim.

Jim y su mujer, María, estaban allí, tan preocupados como Claire. María estaba abrazada a su marido, tapándose la boca con una mano mientras con la otra sostenía un papel.

Adam se dio cuenta inmediatamente de que era un cheque y tuvo la horrible corazonada de saber qué había sucedido.

—El bebé —dijo María—. Claire nos ha dado un cheque para Rosa.

Jim gruñó, agarró el cheque y se lo puso a Adam delante de las narices. Adam tragó saliva al ver tantos ceros seguidos. Miró a Claire.

—¿Quieres darle todo eso al bebé?

—Sí —contestó Claire sin mirarlo a los ojos. Estaba claro por qué. No le había consultado su decisión y siempre lo hablaban todo. Por su cuenta y riesgo, les había dado un cheque para su quinta hija.

—Quería echarles una mano —continuó agobiada.

—Quítate la careta, hermanita —intervino Jim—. No ha sido solo para ayudar.

Cuéntale a Adam todo.

A Claire le tembló el mentón y las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas.

—Es… es como un cambio.

«¡Cielo santo! Cariño, no me creo que hayas hecho esto», pensó Adam.

—A cambio de Rosa —dijo María llorando desconsoladamente.

—¡Es de locos! —gritó Jim—. ¡Quiere comprarnos a nuestra hija!

—Quería ayudaros… —se defendió Claire. Miró a Adam—. Lo

siento —

murmuró.

Adam sacudió la cabeza. Aquel desastre había tenido lugar en diez minutos escasos. No sabía cómo tomárselo. Nunca se había sentido tan mal. Por una parte, quería abrazar a su mujer para consolarla, pero, por otra, se merecía una buena reprimenda.

Sabía que Claire no podía más, pero había ido demasiado lejos.

—¿Cómo has podido proponernos llevarte a nuestra hija? — preguntó Jim.

María seguía llorando.

—Porque pensé que vosotros lo vais a pasar mal para sacar adelante a tantos niños y yo… nosotros… le podríamos dar un buen hogar.

—Os debéis de creer que estamos en las últimas porque no comemos caviar ni salmón ahumado ni nos vamos de vacaciones a Europa cuando se nos antoja.

Se acercó a su mujer, la abrazó con fuerza y le dio un sonoro beso en la frente.

Adam se sintió mal por no haber hecho lo mismo con su mujer. Aunque su acción hubiera estado mal, entendía perfectamente por qué lo había hecho.

«¿Por qué no me lo habrá dicho primero?».

Claire estaba junto a la puerta de la cocina con una expresión infinita de tristeza, desesperación y culpabilidad. Seguía sin mirarlo.

De repente, levantó la mirada y contestó a su hermano.

—Sería capaz de sacrificar cualquier lujo, cualquier viaje a Europa por un bebé.

Sabes lo mucho que deseo tener un hijo.

Jim suspiró.

—Sí, Claire, sé lo mal que lo estás pasando, pero esto… —contestó enarbolando el cheque—. Esto es una locura, aparte de ilegal, claro.

A continuación, rompió el cheque lentamente, cruzó la cocina y lo tiró a la basura.

Claire gritó de dolor y miró a Adam.

—No quería hacer daño a nadie –sollozó mientras iba hacia él—. Lo siento, lo siento mucho. Qué lío he armado.

«Yo también soy culpable. Estaba muy claro y no lo he visto venir», pensó Adam mientras la abrazaba con fuerza.

Cinco semanas antes, 11.200 metros sobre el Océano índico, Claire quería besarlo. Ya mismo.

No era el mejor momento, rodeados de los demás pasajeros de primera de aquel vuelo Sidney-Roma, pero quedaban muchas horas, demasiadas para tener fantasías con aquel hombre tan guapo que tenía sentado a su lado.

Suspiró y observó su bronceado. Estaba dormido y se le había ladeado la cabeza, con lo que sus labios estaban peligrosamente cerca de ella.

Se quedó mirándole fijamente la boca, tan sensual, se acercó un poco más y sintió un tremendo calor en su interior. Se moría por despertar a aquel hombre con un cálido beso.

No, mejor con un beso apasionado y fuerte.

Mientras lo miraba, su mente se dedicó a divagar. Imaginó su barba de tres días en la mejilla, la caricia de su pelo y la sensación de hundir la lengua en aquel hoyito que tenía en la barbilla.

Tal vez, si se concentrara, consiguiera que aquella magnífica criatura le leyera el pensamiento. Tal vez, percibiera su interés y la tomara entre sus brazos.

A la porra con los demás pasajeros.

Como si la hubiera oído, él abrió los ojos y le sonrió. Claire no pudo evitar echarse un poco más hacia delante y perderse en la profundidad de sus ojos azules.

—Hola —saludó él sin apartarse.

—Hola.

Sus ojos, rodeados de atractivas líneas de expresión, eran todavía más bonitos que su boca. Claire se estremeció de placer mientras se miraban.

Con un poco de suerte, su vecino de asiento, además de guapo sería intuitivo, y la besaría en menos de treinta segundos.

Notó como si le ardiera la cara y la respiración se le aceleró.

«Si no me besa…».

Los dioses estaban de su lado. El hombre se acercó y le agarró la cara entre las manos.

«Gracias a Dios…».

El hombre sonrió mientras la observaba.

—¿Estás siempre así de guapa… por la tarde? —le preguntó consultando el reloj.

—Por supuesto —contestó ella en un hilo de voz—, pero estoy todavía mejor por la mañana.

—Qué interesante.

La besó. ¡Y cómo besaba! Sus labios eran tiernos… y juguetones. Su boca era atormentadora y… qué beso tan lento… Claire sintió que se ahogaba… estaba mareada… cuánto lo había deseado.

—¿El señor y la señora Townsend?

Claire y Adam se separaron. Junto a ellos había una azafata con unas copas de champán.

—¿Quieren celebrarlo? Estamos a punto de cruzar el Ecuador.

—¿Champán? ¿Por qué no? —dijo Claire.

—Por mi audaz e irresistible mujer —brindó Adam cuando la

azafata se hubo ido—. Felices vacaciones.

—Felices vacaciones —contestó Claire con dulzura.

—Estabas fingiendo que no nos conocíamos, ¿verdad? —le preguntó Adam al oído.

—Te recuerdo que tú me has preguntado si estaba siempre tan guapa por las tardes, así que también has participado.

—¡Por supuesto! Me encanta —sonrió—. Espero que estas vacaciones nos den para hacer realidad todas tus fantasías.

Y la volvió a besar.

Claire sonrió y dio un trago al champán. Era una mujer con suerte. Ocho años de matrimonio con un hombre de lo más guapo y sensual. Qué suerte tenían de que su matrimonio fuera tan especial, una relación de igual a igual divertidísima.

Eran apasionados amantes, amigos del alma, buenos compañeros de viaje, socios de Nardoo, su finca ganadera… su relación era perfecta en todo.

Bueno, en casi todo.

De repente, allí estaba de nuevo aquel pensamiento negativo, como siempre.

Claire dejó la copa en la bandeja y comprobó que le temblaba la mano.

Cerró los ojos e intentó bloquear aquella espantosa tristeza. «Ahora, no». No quería que pasara en ese momento. Adam y ella estaban comenzando unas vacaciones muy especiales.

«Esta vez, sí que sí. Esta vez sí que me quedo embarazada. Cuando volvamos, estaré embarazada», se repitió por enésima vez en los últimos días. Y, una vez más, se prometió que no iba a permitir que aquellos pensamientos negativos le estropearan las vacaciones.

Seguro que las semanas que tenían por delante los ayudarían…

Seguro que aquel mes… aquella vez…

—¿Estás bien? —preguntó Adam.

Claire asintió sin atreverse a mirarlo porque temía que se le saltaran las lágrimas. «¡Tengo que pensar en otra cosa! ¡Vamos! ¡No fastidies el viaje!».

Se echó hacia delante y sacó el libro de misterio que estaba leyendo. Con un poco de suerte, aquello la distraería.

Tomó un buen trago de champán y comenzó a leer.

Adam, de pie en el balcón de la suite, miró la maravillosa ciudad que tenía ante sí. Roma de noche era increíble.

Estiró los brazos y movió los hombros para intentar liberar la tensión acumulada después del largo viaje. A sus espaldas, oyó a Claire meterse en el baño de aceites esenciales.

Sonrió y decidió unirse a ella. De repente, cambió de parecer. ¿No se estaría haciendo Claire demasiadas ilusiones con aquel viaje? Adam

sospechaba que el único objetivo de su mujer durante aquellas vacaciones era quedarse embarazada.

¿Y si no sucedía?

Suspiró. El médico no les había dado muchas esperanzas y a Adam cada vez le costaba más consolarla.

La quería mucho.

¿Cómo no la iba a querer si era un amor de mujer? Tenían importantes puntos en común, como la pasión al hacer el amor y un gran interés en Nardoo.

Y lo más importante era que era su mejor amiga. ¡Era una mujer muy divertida!

En ocho años, su relación no había hecho más que afianzarse. Sin embargo, últimamente, Adam tenía miedo de que Claire no lo quisiera tanto como él a ella por el tema del bebé. Se dijo que aquello era imposible. Sabía que lo quería. Se lo demostraba constantemente. No obstante, su deseo de quedarse embarazada estaba llegando a límites insospechados.

Él también quería tener un hijo. Tras la muerte de sus padres en un accidente aéreo, pensó en tener descendencia para que Nardoo se quedara en la familia.

Cuando las posibilidades se fueron haciendo cada vez más inciertas, lo asumió y aprendió a vivir con ello. No había tirado la toalla, pero sabía que le bastaba tener a Claire para ser feliz.

Ella no parecía pensar lo mismo. Quedarse embarazada se había convertido en una obsesión.

En ese momento, oyó la puerta del baño y apareció Claire, envuelta en una gran toalla color cereza y con el pelo recogido con una pinza. No tenía ni rastro de maquillaje y estaba realmente guapa.

Le acarició la mejilla con ternura.

—¿Estás cansado?

—Sí, un poco —contestó Adam besándole la mano.

—Los vuelos largos son terribles, ¿verdad? —dijo Claire sonriendo sensualmente—. Es una pena que estés cansado —añadió deslizando la mano desde la mandíbula hasta el cuello abierto de la camisa.

Adam vio un brillo especial en sus ojos marrón chocolate. El mensaje estaba claro.

Se sintió invadir por el deseo.

—¿He dicho que estaba cansado? —bromeó—. No, no estoy cansado en absoluto, pero me gustaría darme una ducha.

—Puedes dejarlo para luego.

Adam se echó hacia delante riendo, pero Claire se escabulló.

—¡Eh, un momento! —sonrió.

Se quitó la pinza del pelo y se sacudió la melena rubia. Tiró la pinza, se puso las manos en las caderas y echó el cuerpo hacia delante

para resaltar sus pechos.

Adam sintió que se derretía por dentro al ver cómo el nudo de la toalla se deshacía y esta caía al suelo.

—Ah… ahora estoy mucho mejor —murmuró Claire.

Adam fue hacia ella y, aquella vez, Claire no se resistió. Le agarró las nalgas apasionadamente y la empujó contra su erección.

—Dentro de un rato sí que vas a estar bien —contestó Adam.

Claire le desabrochó la camisa.

—Sí, en cuanto te quites esto.

—Vaya, vaya, tengo una mujer de lo más desvergonzada —susurró Adam mientras aspiraba su aroma a sándalo y flores.

—Y te encanta, ¿verdad?

—Por supuesto.

Adam la llevó a la enorme cama que tenían detrás y la empujó, provocando que Claire emitiera un gritito de sorpresa al caer sobre el colchón.

Adam se quitó la camisa rápidamente y sonrió mientras la miraba. Ocho años con ella y no se cansaba de mirarla.

Mientras se desabrochaba el cinturón, sin dejar de mirarla, sintió que el deseo era irreprimible.

—¿Sigo estando guapa por las noches? —preguntó con voz ronca.

Adam observó aquellos pechos, su cintura estrecha, sus caderas redondeadas y sus larguísimas piernas.

—Sabes que sí —contestó Adam también con voz ronca—. Por las mañanas, estás muy bien; por las tardes, estás mucho mejor y, por las noches, estás tan bien que no puedo ni pensar con claridad.

—Pues deja de pensar —le ordenó Claire paseando la mirada por su cuerpo—.

Tú sí que estás bien y eres todo mío.

Adam la besó con pasión.

—Tienes razón, pequeña, soy todo tuyo.

—Me encanta.

Se volvieron a besar y ya no pararon de acariciarse y de saciarse como viejos amantes que eran.

—Oh, Adam, hazme el amor —suplicó Claire con los ojos medio cerrados—. Te necesito.

Ante aquella orden tan dulce, Adam obedeció y se olvidó de sus dudas.

Capítulo 2

—Le he puesto una vela a San Antonio —dijo Claire al llegar al café.

Llevaban tres semanas en Europa, yendo a seminarios y conferencias. Habían recorrido el norte de Italia y aquel día estaban en Padua antes de tomar un tren para Florencia.

—¿Y por qué a San Antonio, en especial? —le preguntó Adam mientras el camarero les servía un café y una porción de pizza.

—Porque he leído en un folleto que muchas parejas que no pueden tener hijos le confían su suerte. Suelen venir a esta iglesia de Padua en particular —contestó agarrándolo del brazo—. Dicen que ha hecho varios milagros. Tendrías que haber venido conmigo.

Adam prefirió no contestar. Dio un largo trago al café, que estaba hirviendo.

Las vacaciones habían sido maravillosas, pero Claire no se había relajado ni un instante, como le había aconsejado el médico, que le había dicho que se olvidara del tema del bebé si se quería quedar embarazada porque obsesionarse era lo peor.

Sin embargo, Claire estaba más obsesionada que nunca. Si no estaba poniendo velas en las iglesias, estaba comprando cosas para su cuñada María y sus hijos.

Se pasaba horas eligiendo ropa y juguetes que le hubiera gustado comprarle a su hijo si lo tuviera.

No se había comprado nada para ella. Adam sabía que compraba tantos regalos para María porque su cuñada estaba a punto de dar a luz. ¡A su quinto hijo!

Aunque Claire quería hacerle creer que se alegraba mucho por la joven, Adam temía que aquella situación la hiciera sentirse más triste que nunca.

Y él no podía hacer nada.

En el tren que les había de conducir a Florencia, Claire apoyó la cabeza en el hombro de Adam y se dedicó a disfrutar del paisaje. Hasta que sonó el móvil.

—Cuánto me alegro. Enhorabuena. Gracias por llamar para decírnoslo. Dale un beso a María de nuestra parte —dijo Adam antes de colgar.

Claire sabía que era su hermano.

—María ha tenido una niña —dijo Adam un poco preocupado.

—Qué bien —susurró Claire—. ¿Cómo se va a llamar?

—Rosa.

De repente, se puso a llorar.

—Rosa es un nombre precioso —sollozó—. Otra niña. Oh, Adam, tienen cinco hijos. No creo que pueda soportarlo.

Intentó parar de llorar, pero no podía. ¡Qué vergüenza! Los demás pasajeros la estaban mirando, pero ni por esas podía parar.

Adam la abrazó y Claire se lo agradeció aunque sabía que era imposible que su marido entendiera cómo se sentía. Nadie podía comprender cómo se sentía por tener celos de los que tenían hijos y luego sentirse culpable por ello.

Adam no podía entender lo vacía que se sentía. No podía

imaginarse cómo se moría por acunar a un bebé entre sus brazos.

Siempre se había mostrado increíblemente racional y fatalista con su situación.

La había acompañado a todas las pruebas y había aceptado con resignación los resultados. Los dos estaban bien. En teoría, podían tener un hijo tranquilamente, así que él lo había asumido y tan contento. Si Claire se quedaba embarazada, estupendo, y si no, también.

Sin embargo, para ella era mucho más difícil. Se pasaba todo el mes pendiente de su cuerpo y, cuando estaba claro que de nuevo nada, se sentía como congelada por dentro.

Odiaba aquel sentimiento de vacío, de fracaso. Lo temía y le asustaba que le fuera a pasar de nuevo.

Tras un buen rato, fue capaz de levantar la cabeza, secarse las lágrimas y esbozar una sonrisa. ¡Pobre Adam! Le estaba fastidiando las vacaciones con su histeria. Sintió remordimientos.

Para cuando llegaron a Florencia, Claire tenía claro que no debía mencionar a la hijita de María ni a ningún otro niño. Durante los siguientes días, se concentró única y exclusivamente en Adam y en la borrachera de arte de las catedrales, las plazas y los museos.

Salían a pasear agarrados de la mano, iban a los mercados, a cenar, bebían vino y hacían el amor hasta bien entrada la noche.

La mañana en la que tenían que irse a Asís, Claire entró en el baño y se encontró con lo que más temía. ¡Oh, no! No podía ser.

Se sentó en el borde de la bañera e intentó llorar en silencio para que Adam no se enterara.

Había fallado de nuevo. Aquellas vacaciones tranquilas no habían servido de nada. Una vez más, su mundo se paró.

«Otra oportunidad perdida».

«Ocho años de matrimonio y nada».

Al cabo de un rato, reunió fuerzas para salir del baño.

—¿Estás bien? —le preguntó Adam.

Ella asintió.

—¿Seguro? No lo parece.

—Sí, sí, de verdad. Estoy bien —contestó decidida a no fastidiar a Adam. No se merecía que le echara encima su desesperación—. Termina de hacer la maleta. Yo voy a comprar una cosa que vi ayer —añadió yendo hacia la puerta e intentando sonreír.

Adam la agarró de las manos y la miró a los ojos.

«Lo sabe», pensó Claire.

—¿Sabes que eres la chica más guapa de esta ciudad?

—Claro —contestó Claire saliendo de la habitación.

Una vez en la calle, tomó aire varias veces para calmarse. Fue a *Via Ghibellina* y compró aquella preciosa chaquetita rosa hecha por las

monjas. Había estado a punto de comprarla el día anterior por si estaba embarazada. Ahora, ya no tenía más remedio que comprarla para Rosa.

De vuelta en el hotel, la metió en la maleta sin decir nada junto con los demás regalos para la familia de Jim. Adam la observó con el ceño fruncido.

—¡Tía Claire! ¡Tío Adam!

—¡Mamá, ya están aquí!

Claire oyó los gritos de sus sobrinos antes de llegar al porche, lleno de plantas secas. Parar en Sidney antes de recorrer los dos mil kilómetros que los separaban de Nardoo había sido idea suya. Sabía que Adam se estaba arrepintiendo por miedo a su reacción al ver al nuevo bebé, pero Claire estaba decidida a ser fuerte.

Tenía que darles los regalos a Jim y a María sin numeritos y sin lágrimas.

No le dio tiempo ni a llamar a la puerta, que tenía pintura saltada, porque tres caritas encantadoras ya la habían abierto.

—¡Hola! —saludó Claire abriendo los brazos para abrazar a Tony, Luke y Totó, que la llenaron de besos y abrazos—. Madre mía, qué grandes estáis.

Vio aparecer a María con Francesca en brazos. La joven parecía cansada. ¿Cómo no lo iba a estar con la casa llena de niños?

Y acababan de tener otra…

Entró en la casa y miró a su alrededor con el estómago dándole vueltas. ¡Podía hacerlo! No vio la cuna por ningún sitio. No sabía si sentirse aliviada o decepcionada.

Pensó que estaría durmiendo en alguna habitación.

Adam sacó los regalos y los puso encima de la mesa mientras sus sobrinos intentaban tirarlo al suelo para luchar con él, que era lo que más les gustaba. Adam siempre se había llevado bien con ellos.

—Un momento, tigres, dejadme que salude a vuestra madre primero —rió.

—Jim debe de estar metido en algún atasco, pero no creo que tarde. Sentaos, por favor —les indicó María.

Claire se moría por preguntarle por la recién nacida, pero no lo hizo. En su lugar, se sentó y repartió los regalos.

—Os hemos comprado unas cosas que no aguantan hasta Navidad y un *panetone* de Siena.

—Gracias —dijo María encantada—. ¿Os ha gustado Italia?

Claire sintió simpatía por su cuñada, que no conocía la tierra de la que procedía su familia.

—Nos ha encantado —le dijo—. Os hemos traído montones de fotos.

Los niños se arremolinaron alrededor de la mesa y comenzaron a

abrir los regalos entre risas y gritos de júbilo.

Claire entregó a María el florero de cristal en forma de ángel que le había comprado en Venecia. Se sintió mal al comprobar que no iba nada con el resto de la casa. Era como poner una exótica orquídea entre unas pobres margaritas.

Dejó la chaquetita que había comprado en Florencia para el último momento.

—Y esto es para Rosa —dijo entregándosela con manos temblorosas.

—Oh —exclamó María al quitar el papel y ver aquella obra de arte en miniatura

—. Es… exquisita.

—Rosa va a parecer una princesa —dijo Tony corriendo al lado de su madre.

Claire y Adam se miraron. Claire miró la delicada prenda y observó que su cuñada llevaba un sencillo vestido de algodón que había pasado de moda hacía, por lo menos, cinco veranos. Los niños iban descalzos, con camisetas y pantalones cortos desgastados de tanto lavarlos.

Comprendió que María no iba a tener tiempo de lavar la chaquetita a mano.

Había sido un regalo de lo más desafortunado.

—No pude evitar comprarla —dijo en un hilo de voz.

—Es preciosa. Muchas gracias. Se la pondré para la misa de Navidad. Será el bebé mejor vestido de Sidney —sonrió María.

Claire se sintió algo mejor. Adam ya había sucumbido a los ruegos de Tony y Luke y estaban luchando en la alfombra y, en ese momento, apareció Jim con una

/p>

caja de cervezas. Totó intentó meterse también en la pelea y se golpeó la cabeza contra la mesa. Sonó el teléfono y se oyó un llanto al final del pasillo.

—Hola, hermanita —la saludó Jim dándole un beso en la mejilla. Y se fue a contestar el teléfono.

Totó estaba inconsolable y solo quería estar con su madre, así que…

—¿Quieres que vaya a ver a la niña? —propuso Claire.

—Gracias —contestó María agotada.

Claire hubiera jurado que había visto lágrimas en los ojos de su cuñada. Nada más entrar en la habitación, vio la cuna junto a la ventana. Al rodear la cama de los padres, pisó un colchón que había en el suelo. Debía de ser donde dormía Francesca.

Allí estaba Rosa Claire Tremaine.

Al acercarse, no pudo evitar que se le hiciera un nudo en la garganta y que se le llenaran los ojos de lágrimas.

La pequeña estaba tumbada en su cunita, que no tenía ningún tipo de adorno, ni siquiera un lazo y, como había supuesto su tía, no llevaba más que un pañal y una camisetita.

Claire la observó en silencio. Era una niña preciosa, un milagro en miniatura.

—Qué niña tan triste —murmuró Claire al tomarla en sus brazos con delicadeza.

Casi inmediatamente, la niña se calmó. Claire aspiró su aroma, aquel olor inconfundible a recién nacido.

Cual cachorro de gato, Rosa apoyó la cabeza en su hombro y le babeó el cuello.

Claire sintió un repentino torbellino de amor por aquella niña. Tenía que ser valiente, pero llevaba tanto tiempo deseando tener a un bebé entre sus brazos, llevaba tiempo con aquel vacío tan doloroso en su interior que sintió cómo se le desgarraba el corazón.

Durante los primeros tres años de matrimonio, ni Adam ni ella se habían planteado tener hijos, pero después… Claire llevaba cinco años queriendo quedarse embarazada. Sesenta meses de decepciones y vacío.

Y María, sin embargo, mucho más joven que ella y a hijo por año durante los últimos cinco. ¡Le bastaba con mirar a su hermano para quedarse embarazada! ¡Cinco hijos! No era justo.

No era nada justo.

—Si fueras mi hija —susurró Claire acunándola—, tendrías la mejor habitación de bebé del mundo, con ropita, polvos de talco y cremas para tu delicada piel. Te cuidaría tan bien…

Se miró en el espejo y vio a una mujer alta y delgada, guapa, pero triste, con ojos marrones y grandes y rizos dorados.

«¿No merezco ser madre, acaso?».

Sus ojos se posaron en la parte más bonita de la escena, el bebé que tenía entre los brazos. Rosa era perfecta, parecía hecha para ella.

Claire sintió una terrible punzada de dolor en el pecho.

—Pondría una mecedora en el porche y nos sentaríamos allí a esperar a que Adam volviera a casa a caballo después de un largo día de trabajo —susurró—.

Serías tan feliz en el campo. Podrías ayudarme a dar de comer a los loros que vienen a casa al atardecer.

El bebé dejó de emitir sus ruiditos, como si la estuviera escuchando.

—Hay un gorrión que golpea todas las mañanas en la ventana de la cocina para que le demos el desayuno —continuó Claire—. Y, cuando fueras mayor, podrías jugar en el precioso jardín que tenemos en

Nardoo. Adam te compraría un pony y te enseñaríamos a montar.

Sabía que Adam sería un padre maravilloso. ¡El mejor del mundo! Sería tan bonito…

Claire dio un beso a la niña sin poder parar de llorar. Nadie entendía su dolor.

Nadie.

Oyó un carraspeo en la puerta. Era Adam. La miró y frunció el ceño. Entró en la habitación y fue hacia ella con una sonrisa incierta en los labios.

Miró al bebé.

—¿Verdad que es preciosa? —susurró Claire.

—Sí —contestó él acariciando la manita de la niña y, a continuación, la mejilla arrasada por las lágrimas de su mujer—. ¿Estabas imaginando que era tuya?

Miró a Adam y las lágrimas se convirtieron en terribles sollozos.

—Mi amor —dijo abrazándola—. Vamos, no llores. Vas a hacer que llore la niña.

Aunque se había propuesto ser fuerte, no podía parar. Se apoyó en el pecho de Adam y desahogó el dolor de tantos meses esperando un bebé y de todos los que le quedaban por delante.

Sentía los brazos de su marido a su alrededor y sus labios en la frente, pero, para su horror, no sintió el consuelo de otras veces.

Solo había una persona capaz de consolarla y era la pequeña que tenía entre sus brazos.

Capítulo 3

En el taxi que los llevaba desde las afueras de Sidney hasta su hotel, Adam y Claire se mantuvieron en silencio. Claire miró furtivamente a su marido un par de veces. A la luz de una farola, vio dolor en sus ojos.

Claire sintió una gran angustia en el pecho. ¿Cómo iba a vivir con aquella vergüenza? ¡Le había pedido a su hermano que le vendiera a su hija!

¿Cómo se le había pasado por la cabeza que María y Jim iban a estar de acuerdo? ¿Cómo no se había dado cuenta de que su propuesta les iba a parecer insultante?

¡Había perdido la cabeza!

No lo había pensado bien. Se le había pasado por la cabeza la idea y la había soltado sin más.

Durante una fracción de segundo, le había parecido la mejor solución para los problemas de todos.

Su hermano y su cuñada lo estaban pasando mal para llegar a fin de mes. María estaba agotada, la casa estaba fatal y podrían ver a Rosa cuando quisieran.

Sin embargo, de repente, aquella idea había pasado a ser la peor de su vida.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar. Estaba harta de llorar.

¡La que había montado! Además, había herido también a Adam. Lo había visto en su cara.

Se echó hacia atrás y cerró los ojos. Al recordar la expresión de su marido al darse cuenta de lo que había hecho, sintió que las lágrimas insistían en salir.

—No estás sola en esto —le había recordado Adam. Claire había sentido una terrible culpa.

Hacer semejante propuesta a su hermano sin ni siquiera haberlo consultado con Adam era una prueba más de lo mal que había actuado.

Le había pedido perdón al salir de casa de Jim y María, pero tenía la impresión de que sus disculpas habían llegado demasiado tarde.

Por primera vez, sintió que en su matrimonio se había abierto una grieta difícil de cerrar.

Se habría sentido mejor si Jim y María hubieran entendido cómo se sentía tras años y años intentando quedarse embarazada, pero no era así.

Ni siquiera Adam la entendía al cien por cien. No podía imaginarse cómo se sentía, mes tras mes, al comprobar que su tripa estaba vacía de nuevo…

Quería que la entendiera. Necesitaba que su marido la comprendiera, pero temía que fuera pedirle demasiado. El problema

de la infertilidad no era lo mismo para un hombre que para una mujer.

Nadie decía de un hombre que era estéril.

Sintió pena de sí misma. En ese momento, se dio cuenta de que habían llegado al hotel.

Adam pagó al conductor mientras Claire entraba al vestíbulo, en lugar de esperarlo, como habría hecho si hubiera sido una noche normal.

En el ascensor, subieron en un incómodo silencio, mirando a la nada.

—Sé que estás muy enfadado —le dijo nada más entrar en la habitación—.

Siento mucho haberme comportado como lo he hecho. No pensé el daño que les iba a hacer a Jim y a María. Debes de sentir vergüenza de mí.

Adam suspiró y dejó las llaves y la cartera sobre la mesa.

—No estoy avergonzado de ti, Claire.

—Pero estás enfadado…

—Porque les has ofrecido el dinero sin hablar conmigo primero.

Claire sintió un nudo en la garganta. Su marido tenía todo el derecho del mundo a estar enfadadísimo, pero no era así. No quería llorar más, pero era difícil.

—No tuve tiempo —se excusó—. Se me ocurrió de repente y… no pude evitarlo, Adam. Sentí que tenía que hacerlo ya.

—Es como si yo no contara. Desde luego, no es la idea que tengo de convertirme en padre.

—Oh, Adam —sollozó Claire—. Lo siento mucho. Me temo que… nuestro problema… todo esto de la infertilidad… es mucho más duro para mí que para ti.

Adam se desabrochó la camisa.

—¿Por qué crees eso?

—Porque las mujeres nos obsesionamos más con tener hijos y porque la sociedad espera que las mujeres tengamos hijos.

Adam sonrió débilmente.

—Hombre, nosotros también tenemos algo que decir en el proceso.

—Claro que sí, pero tienes que admitir que, en lo que se refiere al embarazo, se espera más de las mujeres.

Adam se acercó y la tomó entre sus brazos.

—Cariño —murmuró con tristeza—. Ya hemos pasado por esto antes. Sabes que tú no tienes la culpa. Lo hemos hablado mil veces.

—Adam, si no puedo tener hijos, mi vida no tiene sentido. ¿Para qué sirve una mujer si no puede cumplir con la misión para la que nació?

Adam la soltó y dio un paso atrás.

—Me parece que te estás pasando, Claire. Somos jóvenes. No te des por vencida.

—Es difícil no hacerlo.

—Mira a tu alrededor. Hay muchas mujeres que no tienen hijos y que llevan vidas ricas y se sienten realizadas.

—¡Pero yo no soy así!

—¿Cómo lo sabes?

Claire suspiró.

—Adam, si lo pienso, sé que tienes razón, pero mi corazón me dice lo contrario.

En lo más profundo de mí, sé que estoy predestinada a tener hijos.

—Oh, Claire…

—Sé que estoy hecha para ser madre. De lo contrario, no me dolería tanto no serlo, no sentiría este horrible vacío. Por eso, he hecho lo que he hecho. Tomé a Rosa en brazos y… y… se me fue la cabeza.

—Lo sé, Claire. Lo sé —dijo Adam besándola en la frente.

Adam no podía hacer nada más que darle su amor. Debería haber sido suficiente y Claire lo sabía, pero aquella noche… ¿Por qué aquella noche no lo era?

Se metieron en la cama y Adam no intentó hacerle el amor. La besó, la abrazó y se durmió.

Pero Claire se quedó dando vueltas en la oscuridad, sin poder dormir, recordando la cara de María y sus palabras.

«Si algún día tienes un hijo, lo entenderás. No se le puede pedir a una madre que se deshaga de un hijo. Me estás pidiendo algo imposible. Preferiría morirme de hambre que tenerme que separar de cualquiera de mis pequeños».

«Si algún día tienes un hijo…». Aquellas palabras no se le iban de la cabeza. Se sintió más vacía que nunca y, además, culpable.

—He decidido hacer otro jardín en el lado oeste —anunció Claire el primer fin de semana tras su vuelta a Nardoo.

Adam apartó el plato del desayuno y se dispuso a enfrentarse a la enorme cantidad de correo que había llegado en su ausencia.

—Me parece una buena idea —sonrió.

Sabía que era la forma que tenía su mujer de decirle que no quería volver a hablar de lo que había pasado en casa de Jim.

Desde entonces, estaba débil e insegura. No había parado de recriminarse su comportamiento.

Adam esperaba que, una vez en casa, fuera capaz de olvidarse del incidente.

Claire siempre le había dado mucha importancia a lo que su familia pensara de ella. Adam se preguntaba por qué. Durante aquellos años, se había tenido que morder la lengua más de una vez al

ver lo poco que la ayudaban.

—Pues no lo entiendo. Las mujeres de la familia nunca hemos tenido problemas para tener hijos. Toma vitaminas y dale también a Adam —le había dicho su madre, Mary Tremaine, cuando le había contado que tenía problemas para quedarse embarazada.

Su hermana pequeña, Sally, había sido todavía menos considerada.

—Bueno, no te quejes, tienes un marido que está estupendo, así que, mientras buscáis el bebé, disfruta —se había reído.

Jim y María estaban demasiado ocupados con su propia familia como para preocuparse por la de los demás.

Se dio cuenta de que, con el tiempo, Claire fue dejando de hablar del tema con su familia. Cuando preguntaban, se hacía la remolona.

Adam abrió otro sobre mientras Claire se terminaba el té.

—Me alegro de que haya llovido. Temía encontrarme el jardín marchito a la vuelta.

—Sabes que Nancy y Joe no habrían dejado que eso sucediera. Llevan aquí más tiempo que yo y aman esta tierra tanto como tú y yo —contestó Adam pasándole un montón de cartas—. Estas son tuyas.

—Luego las leo —dijo levantándose—. Voy a ir a ver a mis flores.

—Claire, ¿eres feliz aquí, en mitad de la nada? —dijo Adam poniéndose en pie y yendo hacia ella.

—Adam —suspiró ella apoyando la cabeza en su hombro—. Por supuesto que sí. Me encanta vivir aquí —añadió besándolo—. Además, estás tú.

Adam sintió que el corazón le daba un vuelco al oír que su sola presencia la hacía feliz.

—A veces, me preocupa que vivir aquí te resulte difícil. Te has tenido que acostumbrar a la soledad, pero es increíble la cantidad de cosas que has aprendido sobre la finca. Debes de echar de menos a tus amigos y como no tenemos hijos…

—Tengo el jardín —insistió Claire—. Heather Crowe lleva años insistiendo para que forme parte de la *Asociación Jardines Abiertos*. Ya sabes, tienes que abrir tu jardín al público un par de veces al año.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Puede que sí. Me lo pensaré —contestó Claire besándolo de nuevo—. No te preocupes por mí. Cometí un terrible error en Sidney, pero no me estoy volviendo loca.

—Como me vuelvas a besar así, no te voy a dejar que vayas a ver el jardín —

bromeó Adam—. Vete ya, anda.

Claire cruzó el luminoso comedor, recorrió el pasillo y llegó al vestíbulo, donde se puso el sombrero antes de salir al porche lleno de flores.

Ante ella, se extendía el jardín de Nardoo.

Estaba orgullosa de haber preservado el jardín que había creado la bisabuela de Adam. Además, lo había agrandado y mejorado.

Aunque se había criado en Melbourne, en cuanto llegó a Nardoo se había sentido como en su casa.

Deambuló por su jardín, descubriendo con deleite nuevas plantas y flores, que habían brotado en su ausencia.

«Italia es preciosa, pero no hay nada como estar en casa», pensó con una sonrisa.

Observó el río Maronoa, de enorme caudal, pero tranquilo en aquellos momentos. Adam le había contado que, de niño, el río había sido su mejor amigo y Claire lo entendía perfectamente. Solían comer en la orilla, pescar, pasear…

De hecho, había decidido convertir aquella zona en jardín para poder iluminarla y cenar allí.

Iba a poner farolillos en los árboles y una pérgola cubierta de rosas amarillas.

El jardín estaba obrando aquella magia que tenía sobre ella, la estaba ayudando a sentirse mejor, a sentirse fuerte de nuevo.

Oyó el teléfono y pensó que Nancy contestaría.

Al llegar detrás de la casa, la recibió el aroma de las tomateras del huerto. Había coles, tomates, rábanos y berenjenas, además de albahaca, orégano y menta.

Agarró un rastrillo y comenzó a remover la tierra. Su olor característico invadió su cabeza. Agradecida, decidió no volver a pensar en niños. Pensó que, si el jardín absorbía sus pensamientos, no se sentiría tan vacía.

«¡Nada de pensamientos negativos!», se dijo.

—¡Claire! —llamó Nancy.

—¿Al teléfono?

—Ha llamado tu hermana.

—¿Sally?

—Sí, está en Daybreak y va a venir a verte.

—¿Está otra vez en Daybreak?

Claire no se lo podía creer. Daybreak era la ciudad más cercana a Nardoo, pero Sally trabajaba como periodista en Brisbane y siempre había dicho que ese era su mundo. En los últimos dos años, su hermana la visitaba cada vez más.

—¿Cuándo ha dicho que viene?

—Esta noche.

—Ah —contestó Claire con poco entusiasmo—. Qué bien —añadió más animada.

Quería ver a su hermana, claro, pero no pudo evitar preguntarse si Sally habría hablado con Jim. Podría hacerle pasar un mal rato si iba a verla para interrogarla.

Capítulo 4

—He hablado con Jim —dijo Sally.

Claire se sintió incómoda. Su hermana había llegado al atardecer en un coche alquilado y con nuevo corte de pelo, de lo más corto y moderno. Alabó su jardín y quiso saberlo todo sobre el viaje a Italia.

Así que se sentaron en el porche con una copa de vino blanco y charlaron con el canto de los pájaros de fondo a la luz del atardecer.

Cuando llegó Adam, su hermana lo saludó efusivamente y, como siempre, coqueteó con él. Claire sabía que, tras ocho años de matrimonio, no había lugar para los celos, que su marido tenía ese efecto en todas las mujeres, pero no podía evitar que la actitud de su hermana le disgustara.

No le gustaba admitirlo, pero la verdad era que se sentía celosa. Siempre había sido así, desde que había llegado a casa en brazos de su madre cuando ella tenía siete años.

Sally era una niña encantadora, lista, guapa y extrovertida mientras que ella era introvertida y más bien seria. Se sentía a la sombra de su hermana pequeña.

Sin poder evitarlo ese pequeño resentimiento había crecido con ella. Hasta que conoció a Adam, un hombre que estaba loco por ella, y que su hermana no podía tener.

Cuando Adam se dirigió a la cocina para elegir cuidadosamente la carne que iban a cocinar, Claire se lanzó a preguntarle a su hermana lo que llevaba toda la tarde queriéndole preguntar: ¿qué hacía una periodista de renombre como Sally Tremaine en una ciudad perdida como Daybreak?

—Bueno… convencí al jefe del periódico de que había que darle un aire más campestre a la publicación —contestó su hermana confusa y sin mirarla a los ojos.

En ese momento, volvió Adam y se puso a encender la barbacoa.

—¿Te das cuenta de que tienes un marido de caerte de espaldas?

—A ver si te buscas a alguien de caerse de espaldas para ti —contestó Claire.

—Eh, no saques las uñas —rió Sally—. No te lo voy a quitar. Solo te estoy diciendo que tienes mucha suerte.

La verdad era que Claire dudaba de que la gente se diera cuenta de cuánto le gustaba su marido. A veces, sus sentimientos eran tan fuertes que le daban incluso miedo.

—Sí, no está mal —sonrió.

Sally cambió de tema de repente y a Claire se le borró la sonrisa de la cara.

—Tengo que hablar contigo. Jim me ha contado la oferta que le hiciste… por Rosa.

Claire sintió cómo se le resbalaba el vaso, que cayó al suelo con

gran estrépito.

Se había estado preparando mentalmente para aquello durante todo el día, pero no pudo evitarlo.

Se levantó avergonzada.

—Voy por un trapo —dijo yendo a la cocina.

«¿Cómo he podido ser tan idiota?», se preguntó apretando los dientes.

¿Cómo iba a hacer para restarle importancia al episodio de casa de Jim después de que se le hubiera caído el vaso de la impresión?

¡Sally se iba a creer que estaba desequilibrada o algo parecido cuando no era cierto!

«La oferta que le hiciste por Rosa». Las palabras de su hermana le retumbaban en la cabeza. Sonaban peor de lo que había sido, despojadas de todo sentimiento. Era como si hubiera pujado por la niña en una subasta, como cuando Adam compraba un toro en una feria.

No había manera de que su familia la entendiera. Debían de pensar que estaba desesperada o loca o que era una egoísta sin escrúpulos.

Una vez en el porche, recogió los cristales intentando mantener la compostura.

Sally no dijo nada. Se quedó sentada fumándose un cigarrillo y mirando a su hermana.

Claire habría preferido que dijera algo. No podía soportar que la mirara así.

Volvió a la cocina, dejó el trapo, se puso otro vaso de vino y, sin saber qué iba a decir, salió al porche de nuevo.

Pero la silla de Sally estaba vacía. Estaba hablando con Adam, que estaba de espaldas a ella junto a la barbacoa. Observó cómo se reían y decidió ir para allá.

Al llegar, las risas cesaron y se hizo el silencio. Estupendo, además de loca, aguafiestas.

—¿Está hecha la carne? —preguntó con fingida alegría.

—Sí —contestó Adam dándole una última vuelta a la carne.

—Entonces, voy a sacar las ensaladas —dijo Claire—. ¿Queréis que cenemos en el porche?

—Sí —contestaron los dos a la vez.

—Perfecto.

—Te ayudo —se ofreció Sally.

Durante la cena, la conversación fue amistosa y educada. Hablaron de la línea editorial del periódico y del viaje a Italia.

Después de cenar, Adam fue a atender una llamada telefónica y las hermanas pasaron al salón para tomar café. Había puesto flores por todas partes y, con el CD

de Ella Fitzgerald sonando, el ambiente era estupendo.

Sally se quitó los zapatos y se hizo un ovillo en un butacón como si fuera una gata.

—Dime la verdad. ¿Te gusta vivir aquí?

—Me encanta —contestó Claire.

—¿No te sientes sola?

—¿Lo quieres saber como hermana o como periodista en busca de una historia?

—Estoy preocupada por ti. Me cuesta imaginarme cómo es vivir aquí, en mitad de la nada. Estáis completamente aislados. No sé si yo podría soportarlo.

Claire observó a su hermana y comprendió que hablaba en serio. ¿Por qué debía seguir ocultándole la verdad a su familia? ¿Por qué se había empeñado durante tanto tiempo en hacerles creer que su vida era maravillosa?

—A veces, tengo miedo —admitió—, pero debe de ser porque le doy demasiadas vueltas a la cabeza. Adam no lo hace —continuó—. A veces, cuando tarda en volver, me vuelvo loca. Mientras le espero, me intento convencer de que le ha surgido algo, que estará arreglando una bomba de agua o que el caballo está cansado. Tengo que luchar para no pensar que le puede pasar algo cualquier día.

Sally la observó.

—Intento no pensar en lo peor, pero a veces es difícil no preguntarse si no se habrá caído del caballo o si no le habrá picado una serpiente. No me lo invento, es que les ha pasado a amigos y vecinos.

Sally no dijo nada.

—Estamos muy bien, pero vivimos con esos peligros. Cuando estoy con Adam, no me siento aislada, pero, cuando él no está, la parte oscura del bosque me invade de algún modo.

No añadió «por eso me vuelco tanto en el jardín. Por eso me encantaría tener hijos».

—Si te sirve de consuelo —dijo Sally—, no creo que haya ningún sitio perfecto para vivir. La ciudad también tiene su lado malo, ¿sabes? Los humanos de la urbe no somos la especie más feliz del planeta, precisamente. Aunque estés rodeado de gente, te encuentras muy solo… si no estás con la gente que te importa de verdad.

Claire frunció el ceño al notar la tristeza con la que hablaba su hermana. Quería hacerle varias preguntas, pero no pudo porque apareció Adam. Se sirvió un café y una copa de licor.

—¿Has visto a Jack? —le preguntó como si estuviera pensando lo mismo que Claire.

—¿Jack?

Claire observó sorprendida cómo su hermana se ponía roja por primera vez en su vida.

—Jack Townsend, mi hermano —contestó Adam—. Lo conociste en nuestra boda y sé que lo has visto más veces. Ha abierto una clínica veterinaria en Daybreak.

—Sí —contestó Sally—. Sí, me lo he encontrado, pero tenía prisa porque tenía que inseminar a unas vacas o algo así. Inseminación artificial, claro —bromeó nerviosa.

Estaba claro que no quería seguir hablando de Jack.

—Bueno, qué os voy a contar a vosotros de ese tema, ¿verdad?

Otra vez aquel tema.

Claire miró a Adam, que la miraba con el ceño arrugado. Debía de temer que cayera en desgracia con otro miembro de su familia por el mismo asunto.

Sally descruzó las piernas y los miró.

—No sabía que os fuera tan mal.

—¿Qué quieres decir? —dijo Adam.

—Bueno —sonrió Sally avergonzada—. He hablado con Jim y me ha contado todo –añadió mirando a su hermana—. No sabía que estuvierais tan desesperados.

—No estamos desesperados —contestó Claire con el corazón en un puño—.

Simplemente, pensé que… bueno, más bien no pensé y…

—Mmm —dijo Sally jugueteando con uno de sus pendientes—. Perdonadme si me meto donde no me llaman, pero ¿os han dicho que, definitivamente, no podéis tener hijos?

—No —contestó Adam.

Sally lo miró sorprendida.

—Nadie nos sabe decir cuál es el problema —apuntó Claire.

—¡Qué desastre! —exclamó Sally golpeando el brazo del butacón —. Debería haberme preocupado más durante estos años, pero creía que no queríais hablar del tema.

—No es un tema de conversación muy agradable —dijo Claire.

—¿Qué habéis intentado? ¿No habéis pensado en la adopción?

—Sí, pero no creemos que hayamos llegado todavía a ese punto. Además, tampoco sobran niños y, si nos ponemos en lista de espera, es como tirar la toalla definitivamente.

Sally asintió.

—Nos han hecho todas las pruebas habidas y por haber. Lo hemos intentando todo, desde laparoscopias hasta inseminación artificial —le aseguró Claire.

—Y nada… —dijo Sally.

—Los médicos nos han dicho que es infertilidad sin causa conocida —apuntó Adam.

—En otras palabras, que no tienen ni idea.

—Exacto —suspiró Claire sintiendo que las lágrimas estaban a

punto de asomar a sus ojos. Menos mal que Adam se dio cuenta, se levantó, se colocó detrás de ella y comenzó a masajearle los hombros.

Claire echó la cabeza hacia un lado y deslizó la mejilla por su antebrazo. Qué bueno era y qué gusto sentir su cercanía. Tenía una suerte inmensa de contar con su amor. Él era su apoyo.

—Lo siento mucho —susurró Sally—. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer, de verdad.

Adam se rió.

—Gracias, pero me parece que esto es algo sólo entre Claire y yo.

—Puede que no.

Claire abrió los ojos y vio a su hermana de pie en mitad de la estancia con aquel brillo especial de la familia en los ojos.

—A ver… lleváis varios años intentándolo todo y no hay forma de que te quedes embarazada… Bueno… ¿Y si me quedo yo por ti?

Capítulo 5

Adam sintió unas ganas irreprimibles de reírse a carcajadas, pero se dio cuenta de que su cuñada no estaba bromeando.

Su cuñada, que parecía una colegiala recién salida del colegio, les estaba ofreciendo tener su hijo.

Nunca supo cuánto tiempo se quedó inmóvil tras la butaca de Claire. Lo que sí sabía era que estaba con la boca abierta, atónito. No sabía qué decir. Parecía que su mujer, tampoco.

Sally pareció avergonzada de repente, al ver que ambos la observaban sin decir nada.

—Me estáis poniendo nerviosa, chicos —sonrió—. ¿Qué decís? ¿Os parece una buena o mala idea?

—Es… una idea sorprendente —contestó Claire.

—Es una idea demasiado seria como para decidir ponerla en práctica de repente —admitió Adam.

Se sentó en el brazo de la butaca de Claire y le dio la mano.

—Te ofreces para tener un hijo —dijo Adam—. Perdona, pero me gustaría saber los detalles de cómo lo haríamos.

—Eso depende de vosotros —contestó Sally sentándose.

—O sea que quieres que decidamos cómo queremos que te quedes embarazada de nuestro hijo.

—Lo que debéis decidir es si queréis que sea hijo de cualquier hombre o de Adam —contestó Sally mirando a su hermana.

Adam lo comprendió de repente y fue como si le dieran un bofetón.

—Será una broma —balbuceó.

—No, en absoluto —contestó Sally—. Vamos a ver, no me refiero a quedarme embarazada de ti a la antigua usanza… Una pena, por cierto.

Adam tragó saliva y, rojo como un tomate, evitó mirar a su mujer.

—Sólo me tienes que dar una muestra y el resto lo puedo hacer yo solita con la cánula del pavo.

—¿Cómo? —exclamó Adam imaginándose el pavo de Navidad.

—Sí, se hace a menudo. No es muy diferente de lo que hacen los veterinarios con los animales. La cánula es como una jeringuilla. Funciona. Mucha gente lo hace.

Tengo amigas homosexuales que han tenido hijos así.

—¡Un momento! —gritó Adam—. Esto es muy… muy… bueno, muy generoso por tu parte, Sal, pero no somos tus amigas homosexuales. No creo que Claire y yo estemos preparados para esto.

Sally se encogió de hombros.

—También podemos hacerlo en una clínica si vamos a la ciudad. Bueno, entiendo que tengáis que pensároslo bien.

—Y tú, también —intervino Claire.

Adam miró a su mujer y la vio echada hacia delante con las mejillas encendidas.

¡Estaba considerando en serio la propuesta de Sally!

—¿De verdad quieres estar nueve meses embarazada, parir y entregar a tu hijo?

—No, no lo he pensado mucho, pero creo que sería una experiencia interesante.

—¿Una experiencia interesante? —repitió Adam alucinado.

—Soy escritora —contestó Sally como si eso lo explicara todo—. Las nuevas experiencias me vienen bien para el proceso creativo —continuó. Miró a Claire—.

No, en serio. Me encantaría ver a mi hermana con un bebé en brazos.

Claire emitió un graznido de emoción y las dos hermanas se lanzaron una en brazos de la otra llorando.

Adam sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¿Qué estaba ocurriendo?

Se acercó a ellas y se asustó al verlas tan abrazadas, como si la decisión ya estuviera tomada. Se sintió tan lejos de Claire como cuando había decidido comprar a Rosa.

—Tenemos que pensárnoslo bien —anunció.

Como si no lo oyeran.

—No hay que precipitarse —insistió.

—Sí, tienes razón, pero es tan bonito por parte de Sally ofrecerse.

—Ya, ya —dijo Adam rascándose la cabeza e intentando dilucidar cómo lidiar con aquella situación.

Sally miró el reloj tras separarse de su hermana.

—Llevo levantada desde el amanecer. ¿Qué tal si nos vamos a la cama? —

propuso.

—Buena idea —contestó Adam con demasiado entusiasmo.

Claire asintió y acompañó a su hermana a su dormitorio mientras Adam apagaba la cadena de música y recogía las tazas para llevarlas a la cocina.

Al oír a Claire que iba hacia su dormitorio, sintió que le daban calambres en el estómago.

Al entrar, se encontró a su mujer mirando el baúl donde guardaba desde hacía cinco años la ropita de bebé que iba comprando.

Se acercó, la tomó entre sus brazos y la besó.

Claire sintió su cercanía y respondió apasionadamente a su beso. Habían hecho muchas veces el amor en aquellos años, pero esa vez fue diferente. Lo hicieron con desesperación, como si no supieran lo que iba a pasar al día siguiente.

—Sabes que te quiero mucho —dijo Adam cuando, al cabo de un

rato, ambos estaban tendidos en la cama.

—Sabes que yo, también —contestó Claire.

—Antes estabas mirando el baúl… estabas pensando en el bebé, ¿verdad?

Claire asintió.

—¿En el bebé de Sally?

—Me lo estaba imaginando aquí con nosotros.

Adam suspiró.

—¿No quieres un hijo?

—Claro que sí, pero… quiero un hijo tuyo, que nazca de nuestro amor. No sé si quiero el hijo de Sally.

Sin previo aviso, Claire sintió que una fiera reacción se apoderaba de ella.

Intentó parar la decepción y el pánico, pero no pudo.

Se sentó y se apartó de Adam. ¿Se iba a atrever a dejar pasar aquella oportunidad?

Debía hacerle comprender la maravillosa ocasión que les estaba brindando su hermana.

—Sally solo lo daría a luz —le explicó—. En cuanto naciera, sería mío, o sea, nuestro. Sería nuestro hijo… sobre todo porque tú serías el padre.

Adam también se sentó.

—¿Y podrías vivir con la idea de que mi semilla se ha mezclado con la de tu hermana?

Claire lo miró atentamente. El esperma de Adam y los óvulos de Sally. De ella, nada. ¿Sería capaz de soportarlo?

—Bueno… no, no lo vería así.

—¿Y cómo lo verías?

—Me concentraría en el resultado en lugar de en el proceso.

¿Por qué tenía que resultar todo tan difícil? Claire necesitaba pensar.

—Adam, piensa que, en este caso más que en ningún otro, el fin justifica los medios —añadió sentándose en los pies de la cama y mirándolo.

—Lo siento, pero no me gusta esta idea. Simplemente, no me parece bien.

Claire hizo un esfuerzo.

—Sé que ha sido una sorpresa, pero nos acostumbraremos.

Adam sacudió la cabeza.

—No debemos precipitarnos.

Claire volvió a sentir pánico.

—¡Pero si llevamos cinco años intentándolo! —gritó—. ¿Cuánto tiempo más quieres esperar? Si le decimos que sí a Sally, podríamos ser padres para finales del año que viene. Piensa en lo bonitas que

serían las navidades con un hijo.

—No hables de las navidades, no te pongas sentimental. No podemos perder la cabeza.

—¿Cómo me dices que no me ponga sentimental? Querer tener un hijo es como enamorarse. Una vez que el sentimiento se ha apoderado de ti, ya no te suelta. ¿No lo comprendes? —le espetó Claire negándose a volver a llorar.

Adam le acarició la mano.

—Cariño, claro que lo entiendo, pero ese sentimiento tiene que ser cosa de dos.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó Claire asustada.

—Me temo que mi respuesta emocional no es igual a la tuya. La idea no me gusta. No me apetece alimentar la creatividad de tu hermana.

—¡Por Dios! ¡Sabes que lo ha dicho de broma! Siempre esconde sus sentimientos haciendo bromas.

—Sí, pero si mi hijo va a ser el resultado de mi esperma, la cánula del pavo y de tu hermana pequeña… lo único que me produce la idea es… negatividad.

Claire retiró la mano. ¿Por qué no dejaba ya de insistir en cómo lo iban a hacer?

La verdad es que no era para tirar cohetes.

—Tiene que haber un modo positivo de verlo —insistió.

Adam no contestó.

—Estás siendo egoísta —le dijo levantándose.

—¿Yo? —dijo él sorprendido.

—Sí. Sabes que es lo que más deseo en el mundo y tú no quieres cooperar.

—Sabes que haría cualquier cosa por hacerte feliz.

—Es obvio que eso no es cierto.

—¿De verdad quieres un hijo engendrado con la cánula del pavo? —preguntó Adam tras un incómodo silencio.

—¡Deja de decir eso!

—Solo estoy intentando que entiendas la realidad.

Claire dio un fuerte puñetazo en el colchón.

—¡Lo que estás haciendo es intentar matar mi mayor sueño!

Adam suspiró abatido y dejó caer la cabeza hacia delante.

—Sally tiene razón. Será mejor que lo consultemos con la almohada. Tal vez, por la mañana veamos las cosas con claridad —dijo levantándose y metiéndose en el baño tras mirarla horrorizado.

Claire se sintió fatal. Su marido nunca la había mirado así ni la había dejado con la palabra en la boca jamás.

¿Por qué no la entendía?

Claire se sentó en la cama y oyó la ducha.

Se sentía fatal después de haberse peleado con él.

Se sintió culpable. No debería de haberlo acusado de ser un egoísta.

No tener un hijo también era difícil para él y en los últimos cinco años había hecho todo lo que ella le había pedido.

Se había mostrado todo menos egoísta.

Siempre había sacado tiempo para ir a la ciudad a los tratamientos. Siempre había intentado bromear sobre la situación, mostrarse optimista y seguir salpicando su vida amorosa de pasión.

«Para mí es muy fácil decir que me concentraré en el resultado y no en el proceso, pero, claro, yo no formaría parte del proceso. Adam, sí. Y el niño sería suyo y de Sally…», pensó.

Aquello la molestaba, pero si quería tener un hijo, debía superarlo.

Cuando Adam volvió a la cama tras ducharse, Claire seguía luchando consigo misma.

—Lo siento mucho. No debería haberte dicho que eres un egoísta porque no lo eres.

Para su desesperación, su marido no contestó. Se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo.

—¿Podemos terminar la conversación? —insistió.

—Te he dicho que prefiero dejarlo para mañana.

Claire se tumbó y no dijo nada más. Se habían peleado otras veces, pero nada parecido a aquello. Era increíble que dos personas que se querían tanto pudieran discutir tan acaloradamente.

Se dio la vuelta, agarró la almohada y miró hacia el baúl.

Por primera vez en sus ocho años de matrimonio, apagaron cada uno su lámpara sin darse las buenas noches, sin acariciarse y, por supuesto, sin darse un beso.

A la mañana siguiente Claire se levantó tras soñar con niños y navidades para encontrarse el lado de la cama de Adam vacío.

Preocupada, se levantó y fue a buscarlo para pedirle perdón por mostrarse tan obsesiva la noche anterior. Tenían que hablar antes de ver a Sally.

Vio luz en la cocina y se acercó. Olía a café y oyó voces hablando en susurros. A la luz de los primeros rayos de sol, vio a Sally y a Adam sentados en la mesa. Él iba vestido de faena con vaqueros, camisa azul y botas y su hermana todavía estaba en camisón. ¿Cuánto tiempo llevarían allí hablando? ¿Qué estaba sucediendo?

Su hermana nunca se levantaba tan pronto y su marido nunca tomaba café para desayunar. Claire sintió que le temblaban las manos y se dijo que estaba exagerando.

Aquella relación era inocente. Por supuesto que sí.

Dio un paso al frente y entró.

—¡Claire!

No se sintió mejor al comprobar la sorpresa de Adam ante su aparición.

—Buenos días —susurró.

—Hola, hermanita —dijo Sally somnolienta.

—¿Desde cuándo te gusta madrugar?

—No me gusta. Esto para mí es una tortura, pero es que tengo que volver a Brisbane y tengo que pasar antes por Daybreak.

Claire tenía mil preguntas en la cabeza. ¿De qué habían estado hablando? ¿Por qué su hermana no había dicho nada el día anterior de que tenía que levantarse pronto? Fue hacia los fogones y puso la tetera.

—Sally y yo hemos estado hablando de su propuesta y… eh detallando un poco las cosas.

—Me podríais haber esperado —le espetó Claire. Sintió que la furia y los celos se apoderaban de ella. Tomó una taza y la dejó sobre la encimera.

Adam y Sally juntos… hablando en secreto… excluyéndola. ¿No debería de haberse preguntado por qué su hermana estaba tan dispuesta a tener un hijo de Adam?

Los celos se apoderaron de ella.

¿Cómo le podía haber parecido la propuesta de Sally una idea maravillosa? Si su marido y su hermana tenían un hijo, daba igual cómo, era suyo. Aunque ella le diera de comer y lo criara, sería para siempre su hijo y estarían unidos por un vínculo especial.

Su relación no sería la de unos cuñados normales y ella siempre lo sabría, siempre sería la extraña celosa.

La solución de Sally era igual de mala que su intento de comprar a Rosa.

El agua estaba hirviendo, pero Claire no se dio cuenta.

—No hace falta que sigáis hablando del niño —dijo acercándose a la mesa.

Su marido y su hermana la miraron sorprendidos. Debía tener cuidado con lo que decía. Sus próximas palabras podían dar al traste con su sueño más anhelado.

No pudo evitar fijarse en los pechos de su hermana, apenas cubiertos por la seda violeta del camisón. ¿Cómo se atrevía su hermana a mostrarse así ante su marido?

Claire levantó el mentón en actitud desafiante.

—Lo he estado pensando, Sally. Muchas gracias por tu generosa oferta, pero no nos viene bien ahora mismo.

—¿Seguro? —preguntó Sally con los ojos muy abiertos tras mirar a Adam—.

Creía que…

—Al principio, me pareció una idea estupenda —se explicó Claire

rápidamente

—, pero a Adam no le parece bien y…

Vio que se volvían a mirar con complicidad. ¿Qué se habían contado aquellos dos?

—Anoche dijiste que no te parecía bien —le recordó.

—Y tú dijiste que te morías por tener un hijo.

—Pero me lo he pensado mejor.

—Ya. Habrás pensando mucho para cambiar de opinión tan radicalmente.

—Sí.

Adam miró la taza de café vacía y se encogió de hombros.

—¿Seguro que no lo quieres?

Claire se sentó antes de que las rodillas le fallaran. ¿Estaba segura? Aquella podía ser su última oportunidad. La última oportunidad de tener un hijo. Sí, un hijo que no sería suyo sino de Adam y Sally.

—Estoy segura —musitó.

Sally no estaba muy contenta.

—Creí que este embarazo os ayudaría.

Claire la entendía perfectamente. Ella también había creído estar ayudando a Jim y a María. Cosas de familia.

—¿Estás segura? Ya me había hecho a la idea de quedarme embarazada.

Claire lo vio muy claro.

—No hay nada que te lo impida. Si quieres, puedes tener un hijo, pero no con Adam.

Capítulo 6

—Feliz año.

Adam y Claire yacían, con las piernas entrelazadas, tras haber hecho el amor.

—Va a ser un año estupendo —susurró Claire apoyando la cabeza en el hombro de su marido. Miró el reloj de la mesilla. La una de la madrugada del 1 de enero—. El mejor, ya verás.

—Desde luego, hemos empezado muy bien —comentó Adam acariciándole la cadera.

—Sí —sonrió Claire —y tengo una listita con cosas que quiero hacer este año.

Pienso cumplirlas todas.

—¿Eso quiere decir que vamos a hacer el amor así todas las noches? —rió Adam.

—Más o menos —ronroneó Claire—. Estoy decidida a pensar en positivo.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi vida. Hay que tener pensamientos constructivos —contestó apoyándose para mirarlo a los ojos—. Tengo muy claro que no pienso volver a mencionar cierta palabra de cuatro letras que empieza por "b" y acaba por "e".

—¿Crees que es lo correcto? —preguntó Adam acariciándole el brazo.

—Claro que sí —contestó ella acariciándole a su vez la mano para tranquilizarlo

—. Me he pasado y te he hecho la vida imposible. Eso se ha terminado. Quiero vivir el presente. Voy a hacer el jardín nuevo y vamos a dar más cenas y fiestas.

—En Navidad te salió muy bien.

—Sí, me lo pasé muy bien. Me encantó que viniera Jack. No lo vemos mucho —

sonrió Claire—. Es casi tan guapo como tú.

—Casi.

—Adam, no te pongas celoso.

—¿Cómo que no?

—No tienes motivos. No es tan encantador como tú. De hecho, se pone un poco desagradable a veces.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, cuando le pregunté que si había visto a Sally en Daybreak antes de Navidad, se puso de lo más taciturno.

Adam se rió.

—Es que tu hermana deja a los hombres sin palabras.

—Supongo. Bueno, lo cierto es que me he propuesto ver la vida más positivamente. Sé que hay que aguantar los tiempos duros porque

los buenos están por llegar.

—Claro que sí, Claire. Y llegarán.

—Lo sé.

Estuvo lloviendo todo enero y febrero. Claire no pudo comenzar su nuevo jardín por ese motivo, pero se pasaba los días diseñando y dibujando. Si se hubiera quedado en la ciudad, tal vez, ya tendría un próspero negocio de paisajismo. Adam la veía feliz aunque sabía la cantidad de cosas a las que había renunciado cuando se casó con él. Estuvo bien hasta el día de su cumpleaños, en marzo. Se suponía que tenía que ser un día feliz. Adam le regaló unos preciosos pendientes de perlas y ella intentó disimular su tristeza.

Con él, lo consiguió, pero no con Nancy.

—¿Qué te pasa? —preguntó el ama de llaves al encontrársela en la cocina con aire pesimista.

—Oh, Nancy, me estoy poniendo tonta con el tema de la edad y del reloj biológico.

—Dios mío, cariño. ¿Por qué te preocupas por eso? Eres más joven que Adam y él cumple treinta y cinco este año.

—Los hombres ganan atractivo con la edad —contestó Claire. «¡Y siguen siendo fértiles hasta el geriátrico!», pensó.

Cuando estaba a punto de suspirar, reparó en las palabras de Nancy.

—¡Treinta y cinco! Me has dado una idea estupenda. Le voy a hacer una fiesta increíble en octubre.

—Treinta y cinco es una buena edad, sí. Lo de la fiesta me parece una idea estupenda.

—Tenemos mucho tiempo para prepararla.

—Sí. Además, para entonces, el jardín ya estará en marcha y estará precioso.

—Tienes razón —apuntó Claire tomando un cuaderno para tomar notas—. Es una idea estupenda.

En Semana Santa, los invitaron al bautizo de Rosa en Sidney, pero la trashumancia había empezado y no pudieron ir. Pasaron varias semanas fuera de casa y, al volver, se encontraron con que María les había mandado varias fotos.

—Rosa está preciosa con la ropita que le compraste en Italia —le dijo Adam mientras las veían.

—Me pregunto si me habrán perdonado —comentó Claire apesadumbrada.

—Claro que sí —le aseguró su marido.

Adam quería que lo creyera. Debía creerlo. Claire no podía vivir toda la vida con esa culpa dentro. No le hacía ningún bien.

Con el otoño llegó el tiempo más suave y Claire empezó a trabajar en el jardín más que nunca. En junio, habían florecido las rosas y las

hortalizas, así que, cuando le volvieron a proponer que lo abriera al público, accedió.

—Además de compartir mi jardín con los demás —le dijo a Adam —, podría propagar las plantas que crecen bien aquí, vender las plántulas y los esquejes.

Le entregó varias hojas.

—He pensado en hacer un folleto en el que pusiera algo así como «Trucos de jardinería» o «Preciosos jardines». ¿Qué te parece?

Adam la abrazó y la besó.

—¿Y por qué no «Preciosa jardinera»?

A Claire le encantaba el campo en invierno, con sus mañanas frías y claras, con el cielo sin nubes y un azul intenso.

Aunque había terminado la trashumancia, le gustaba sentarse a observar cómo Adam y Joe conducían el ganado.

Le encantaba ver a su hombre a caballo persiguiendo a alguna res y a Adam le encantaba lucirse.

El caballo de su marido era un purasangre australiano, descendiente de los primeros caballos que su propia familia comenzó a criar en Nardoo. Su abuelo había montado uno de ellos también en la *Primera Guerra Mundial*.

Al pensar en la cantidad de generaciones de la familia de Adam que habían vivido en aquella propiedad, se entristeció. Tal vez, no hubiera otra generación de Townsends…

¡Pero aquello era territorio prohibido!

No había vuelto a saber nada de Sally. Adam le repetía que era normal, que su hermana era así, que de repente volvería a aparecer por sorpresa.

Sin embargo, Claire estaba preocupada. Sally no contestaba a sus cartas y, cuando la llamaba, solo podía hablar con el contestador. Su madre y Jim le daban respuestas vagas cuando les preguntaba por ella, pero, al menos, ellos sabían algo de su hermana.

Le decían que estaba bien, pero trabajando mucho.

Claire también estaba ocupada y los meses fueron pasando. De repente, estaba en septiembre. ¡A solo un mes para el cumpleaños de Adam!

Se empezó a poner nerviosa. Había hecho varias cenas que habían salido fenomenal, pero una gran fiesta era diferente. Aun así, estaba decidida a hacerla. Era importante para su marido.

Mandó las invitaciones, que no tardaron en volver con sus respuestas. Iba a ir gente de todo el distrito.

Lo realmente sorprendente fue que consiguió mantener la fiesta en secreto.

¡Gracias a Nancy! Quedaron en que el correo llegara a su casa. Así, Joe y ella se quedaban con las invitaciones respondidas antes de llevar

el resto a la casa grande.

Adam no sospechó nada.

Entre las dos, decidieron la cena. Sería un bufé compuesto por ensalada de marisco, tarta de alcachofas y chalotas, pastel de ternera, piernas de cordero marinadas en salsa de tomillo, romero y vino tinto.

Nancy se ofreció a hacer su maravillosa tarta de peras y sus nietas se presentaron voluntarias para ir a echar una mano.

Lo mejor de estar tan ocupada fue darse cuenta de que lo que ella se había repetido tantas veces era cierto. Había muchas formas de sentirse realizada sin ser madre.

Sentía que en los últimos nueve meses había aprendido mucho de sí misma.

Capítulo 7

«¿Qué ha sido eso?», se preguntó Adam medio dormido. Le había parecido oír un coche. Sí, había sido un coche a toda velocidad.

Se levantó de la cama, se puso los vaqueros y cruzó la habitación en dos zancadas. Se asomó a la ventana, pero no vio nada.

Miró a Claire, que estaba dormida.

Bajó corriendo a la cocina. En el trayecto, oyó puertas que se abrían y se cerraban y un tubo de escape que parecía el de un cohete directo a la Luna.

Cuando quiso abrir la puerta era demasiado tarde. Sólo le dio tiempo a ver las luces traseras de una camioneta que se perdía en el camino de salida.

¿Qué estaba ocurriendo?

Miró a su alrededor a ver si habían dejado algo y lo vio. Era un paquete. Se acercó.

«¡Madre mía!».

Aquello se movía, estaba vivo.

Se acercó más y comprobó que era un bebé.

Un bebé.

«¡Menuda bromita!».

A la luz del amanecer, vio que estaba en una sillita y había una nota.

El bebé emitió un agudo grito y Adam se estremeció.

«¡Dios mío!», pensó.

—Tranquilo, pequeño —le dijo tocándole la tripita.

El bebé gritó más todavía.

Desesperado, Adam miró al camino esperando que el conductor se diera cuenta del error y volviera por el niño.

Nada.

Estaba reuniendo fuerzas para meter el niño dentro cuando sintió una mano en el hombro.

—Adam, ¿qué pasa?

Adam se giró y la vio con los ojos como platos, completamente pálida.

—Es un bebé —contestó.

—Eso ya lo veo, pero, ¿de dónde ha salido?

—No tengo ni idea. Me parece que lo han abandonado.

El bebé volvió a chillar. Adam miró a Claire. Se sentía más cómodo con un toro delante que con un niño.

—¡Pobre cosita! —exclamó Claire tomándolo en brazos y acunándolo—. Bueno, bueno, ya… No pasa nada, pequeño.

Para alivio de Adam, a los dos minutos el niño se había callado.

—Menos mal que uno de nosotros sabe qué hacer —murmuró.

—Qué niño tan bonito —dijo Claire con un brillo radiante en los

ojos—. Agarra todo eso y vamos dentro, a ver qué averiguamos.

Nada más llegar a la cocina, Adam encendió la luz y leyó la nota.

—Maldita sea —murmuró.

—¿Qué?

—Es de Sally.

Claire arrugó el ceño.

—¿Qué es de Sally? —preguntó Claire—. ¡No te referirás al niño! —exclamó sin poder creérselo.

—Sí. Eso dice la nota. Es hijo de tu hermana.

—Léemela —le ordenó Claire.

—Voy a buscarla —contestó Adam—. No habrá llegado muy lejos. Esto es ridículo.

—¡Adam! —gritó Claire—. ¡No puedes salir corriendo detrás de mi hermana y dejarme a mí así!

Adam se paró en seco y miró a su mujer. Tenía el niño apretado contra su pecho, como si temiera que se lo fueran a quitar en cualquier momento.

¿En qué estaba pensando? Había un bebé en Nardoo. Un bebé para Claire. Un sueño hecho realidad. Aparentemente… un regalo de su hermana.

«Un momento, tengo que pensar», se dijo Adam. Se dio cuenta de que aquel momento era una profunda crisis emocional para Claire.

Se quedó pensativo. Si corría tras Sally Tremaine y le pedía que se llevara al bebé, lo único que iba a conseguir es tenérselas que ver con dos mujeres furiosas.

—Por favor, léeme la nota.

—Sí, claro.

Queridos Claire y Adam:

Aquí está. Es mi regalo para vosotros. Lo he llamado Rosco. Espero que os guste. Nació el cinco de septiembre.

Adam miró a su mujer.

—¡Solo tiene tres semanas! ¡Esto es ridículo! ¡Una locura!

—¡Sigue leyendo!

Me siento feliz de poder darte el niño por el que llevas tanto tiempo suspirando, Claire.

Sé que lo querrás y serás una madre fantástica. En cuanto a ti, Adam, feliz Día del padre. La ropa, la leche y todo lo que necesitará para un par de semanas está en la bolsa. Después, seguro que ya sabréis qué hacer con él.

Os quiero. Por eso, lo he hecho.

Tu querida hermana.

Sally

PD. No intentéis encontrarme. Voy a estar fuera un tiempo. Ya veréis qué bien vais a estar cuando se os pase el soponcio inicial.

Claire se quedó callada un rato.

—No me puedo creer que lo haya hecho —murmuró por fin—. Ha tenido un hijo para mí.

—¿Quién iba a pensar que había seguido adelante con su plan?

—Le dijimos que no lo hiciera.

—Pues no nos ha hecho ni caso.

—Ni siquiera me dijo que estuviera embarazada. Nadie me lo ha dicho, de hecho.

Claire se sentó temblorosa en una silla con el niño en brazos.

—Bueno, ya sabes que tu familia no cuenta muchas cosas y, además, debieron de pensar que no te sentaría bien saberlo.

Claire miró al niño.

—Se debió de quedar embarazada nada más irse de aquí.

—Sí.

Claire intentó sonreír, pero no pudo.

La tensión se mascaba en el aire. Otra mujer de la familia más fértil que un ratón de campo.

—Bueno, al menos se ha callado —apuntó Adam para romper el hielo—. Rosco es un nombre un poco raro, ¿no?

—A mí me parece precioso —contestó Claire—. Es muy original, propio de Sally.

—Sí, claro, claro… Rosco Tremaine… o Rosco Townsend. Suena bien de las dos formas.

Claire miró al niño con ternura.

—No me lo puedo creer. Los médicos siempre dicen que, si no te obsesionas con la idea de tenerlos, los niños acaban llegando. Seguro que esto no se les había ocurrido.

—A mí, tampoco, la verdad.

Ambos se quedaron unos minutos observándolo.

—Dile hola a nuestro pequeño, Adam. ¡Es una monada!

—No te dejes llevar, cariño. Voy a intentar hablar con Sally. No podemos asumir que el niño es nuestro hasta que no hayamos hablado seriamente con ella.

Claire puso los ojos en blanco.

—Ya has leído la nota, Adam. Conozco a mi hermana. No se echará atrás y no va a hablar con nosotros hasta que a ella le dé la gana.

—Sí, pero tengo que intentarlo de todas maneras. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Quiero que todo esté claro. Necesito más detalles.

—¿Qué detalles?

—Bueno, para empezar, me gustaría saber qué tenemos que hacer para adoptarlo legalmente.

—Eso ya lo arreglaremos más adelante.

—Me gustaría también ver el certificado de nacimiento.

Claire frunció el ceño.
—¿Por qué? ¿No crees que sea hijo de Sally?
—No es eso —se apresuró a contestar Adam. Suspiró. Había algo raro en todo aquello. ¿Por qué se empeñaba Sally en esconderse? Era como si no quisiera contarles ciertas cosas.
Como quién era el padre.
—Mira, ven, acércate a verlo bien.
Adam se acercó. No mucho. Estaba acostumbrado a los animales recién nacidos, pero no a los niños.
—Es bizco, ¿no?
—Como todos los recién nacidos —le espetó Claire—. Es precioso —añadió besándolo.
—Al menos, tiene una buena mata de pelo —apuntó Adam.
—Sí, como tú —dijo Claire acariciándolo—. La verdad es que… —ladeó la cabeza y miró al bebé con atención. Luego, miró a su marido y de nuevo al niño.
Dejó de sonreír.
—¿Qué pasa? —preguntó Adam.
—Se parece a ti.
—Estarás de broma. No nos parecemos en nada.
—Ahora, no, pero de pequeños, sí. He visto fotos tuyas.
Adam se encogió de hombros.
—¿No dicen que todos los bebés se parecen?
—Podrías ser su padre.
—¡Claire! —exclamó Adam rojo como un tomate—. No digas tonterías.
—Bueno, bueno —dijo Claire sin dejar de mirarlo—. No te lo tomes a mal. Sé que es imposible que lo seas.
Adam se sintió mejor. Aunque no mucho.
—¿Por qué no haces té mientras yo miro a ver qué hay en la bolsa? —propuso Claire.
—¿Y qué hacemos con toda la parafernalia que hay que tener cuando hay un niño en casa? —preguntó Adam—. ¿Dónde va a dormir?
—Bueno, en la habitación del fondo hay cosas de niño pequeño.
—¿De verdad? No tenía ni idea. Hace años que no entro.
—Sí, hay un moisés y una bañera. Habrá que limpiarlos bien, pero, de momento, nos servirán —contestó Claire decidida.
—Muy bien. En cuanto terminemos de desayunar, vamos a ver qué hay.
Adam la ayudó a sacar las cosas de la habitación y a lavarlas antes de irse a caballo a trabajar.
Tras asegurarle que todo iría bien, le preparó el biberón y se sentó en la mecedora a dársela. El niño la miraba fijamente mientras comía.

Si no lo hubiera querido ya con toda su alma, se habría enamorado de él entonces.

Después de comer, se quedó dormido en sus brazos y Claire se sintió la mujer más feliz del mundo.

Lo miró atentamente.

«Es mío», pensó.

Sabía que aquel niño crecería dependiendo de ella, necesitándola y queriéndola.

¡Era su madre!

Qué maravilloso regalo.

Él regalo de su hermana. Les había dado un niño y sin que Adam se tuviera que ver involucrado.

Las lágrimas le empañaron la vista. Pensó en su hermana embarazada, en el parto. ¿Habría sido difícil? Sal era muy delgada y el niño era grande.

Y, después de todo aquello, ¿cómo habría podido dárselo?

Desde luego, era la persona más generosa del mundo. Sintió enormes deseos de verla y abrazarla.

De repente, se imaginó a Sally yendo a su casa para pedirle que le devolviera a su hijo. Sintió pánico.

Así estuvo todo el día.

Tan pronto estaba encantada diseñando la habitación de Rosco como se sentía culpable por quedárselo.

Se repitió que Sally lo quería así, pero no pudo evitar sentir un terrible dolor en lo más hondo de sí misma.

Rosco no era suyo.

La llegada de Nancy, no la ayudó mucho.

—Dios mío, a mi edad no estoy para estos sustos —dijo antes de tener que sentarse durante un cuarto de hora para reponerse.

Cuando lo consiguió, se acercó a la cuna a verlo.

—Cariño, ¿te ha dicho tu hermana quién es el padre?

—No —contestó Claire apesadumbrada.

—Supongo que no importa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Mira —contestó el ama de llaves poniéndole la mano en el hombro—, no quiero que te lo tomes a mal, pero quiero que estés preparada. Va a haber mucha gente que vea un gran parecido entre este niño y Adam.

—¿De verdad?

—Sí, cariño. Adam era exactamente igual de rollizo, tenía el mismo hoyito en la barbilla, el mismo pelo y la misma nariz…

—Tiene que ser una casualidad —contestó Claire intentando controlarse.

—Por supuesto, pero tienes que estar preparada para los

comentarios de la gente.

Nancy se fue a pasar el aspirador y Claire corrió a por el álbum de fotos familiar.

«¡Dios mío!».

El parecido era mayor de lo que recordaba. El bebé que tenía la madre de Adam en brazos podría haber sido Rosco.

Claire se tapó la boca con la mano. Adam no podía ser el padre. Era imposible.

No tenían secretos el uno para el otro. Si Sally y él hubieran hecho lo de la cánula del pavo, se lo habría contado.

Otra posibilidad era… simplemente absurda. ¡Adam no haría algo así!

Claire dejó el álbum en su sitio y cerró el cajón con llave para que nadie lo abriera.

Para cuando Rosco se despertó para la siguiente toma, Nancy ya se había ido a su casa con una buena cesta de manteles que había que planchar para la fiesta.

Torturada con sus propios pensamientos, Claire preparó el biberón, pero no disfrutó tanto dándoselo como el de aquella mañana.

Se sentó en la mecedora con el niño e intentó admirar el jardín, pero su mente no hacía más que volver a aquella mañana del verano.

La mañana en la que Sally se había ido. La mañana en la que se había despertado y Adam no estaba a su lado.

Sintió un escalofrío por la espalda al recordar la escena de la cocina. Se los había encontrado juntos.

Adam y Sally.

No debía exagerar. Solo estaban hablando. ¡Hablando y tomando un café! Sólo eso. Intentó convencerse, pero no podía. Sally siempre había coqueteado con su marido. Desde el primer momento, había alabado su belleza.

Bien, pero aunque a Sally le interesara Adam, hacían falta dos para…

No, no podía ser. Sintió que se le paraba el corazón.

Rosco comenzó a llorar y Claire se dio cuenta de que se le estaba cayendo la leche. Lo limpió e intentó volver a darle de comer, pero el niño se negó. Claire se levantó e intentó consolarlo, pero de nada le sirvió.

Una hora y media después, cuando Adam volvió a casa, seguía llorando.

Capítulo 8

Adam iba cabalgando por la orilla del río en dirección a casa. No podía parar de pensar en Claire y en el niño. Estaba nervioso.

Aquello le daba mala espina. La llegada de un niño debía ser motivo de celebración, pero sentía que tenía poco que celebrar. Había demasiadas dudas y preguntas en el aire.

Tras dejar al caballo en su cuadra, oyó los lloros del bebé. ¿Qué tal le habría ido a Claire el día?

Dejó las botas en la cocina y, siguiendo los lloros del niño, encontró a Claire en su habitación, recorriéndola de arriba abajo.

Adam se paró en la puerta y disfrutó observando a su mujer en su nuevo papel de madre.

Aquella escena lo enterneció tanto que se sorprendió con un nudo en la garganta. Sin embargo, era esencial que hablaran con Sally para arreglar la situación cuanto antes y de la manera menos dolorosa. No le había gustado nada cómo les había dejado al niño, de aquella manera furtiva, como si no quisiera enfrentarse a lo que estaba haciendo. Todo era muy raro, como si se tratara de un reportaje para su periódico.

Claire llegó al extremo de la habitación y se giró para volverla a recorrer.

—Hola, mamá —saludó Adam.

—¡Adam!

—¿Qué tal el día? —preguntó él preocupado por la cara de Claire.

—Terrible. Rosco lleva horas llorando.

Adam sintió que había algo más. Claire estaba preocupada por algo. La conocía muy bien. Llevaba muchos años deseando un bebé, sabía cómo era. Unas cuantas horas llorando no eran suficientes para ponerla así.

Estaba realmente preocupada.

¿Por qué? ¿Sería resentimiento porque su hermana hubiera podido quedarse embarazada con tanta facilidad y ella, no? En cualquier caso, no era el momento de preguntárselo.

—¿Le has dado de comer?

Claire puso los ojos en blanco.

—Pues claro.

—¿Quieres que lo agarre yo un rato para que tú descanses?

Claire dudó y Adam se sintió aliviado. Si se lo diera, no sabría qué hacer con él.

Sin embargo, de repente, se lo puso en brazos.

—La verdad es que sí. Tómalo —le dijo Claire.

Adam se encontró con el niño en brazos, solos en la habitación puesto que Claire se había ido.

Quiso correr tras ella para ver qué le pasaba, pero no podía. Tenía

que ocuparse del pequeño.

—Bueno, ya está, no llores más —le dijo sin saber qué hacer mientras el niño se retorcía—. A lo mejor has comido demasiado deprisa. Me han contado que a mí me solía pasar. ¿Y si nos damos una vuelta? Es bueno para la digestión.

Con el niño firmemente apretado contra su pecho, salió de la habitación y bajó al jardín. Intentó ignorar sus berridos, pero entendió a la perfección que Claire estuviera así después de un día entero oyéndolos.

Claire estaba en la cocina con la cabeza entre las manos. Se sentía morir.

Cuando Adam había entrado en la habitación y le había dedicado una de sus maravillosas sonrisas, había estado a punto de desmayarse. Lo amaba tanto. Aquel era su primer día como padres. Debería estar más feliz que nunca.

Sin embargo, se había pasado toda la tarde dándole vueltas al tema de quién sería el padre de Rosco. No podía soportar aquellos pensamientos y al bebé llorando todo a la vez.

Dio un puñetazo en la mesa. Era imposible que Adam se hubiera acostado con Sally. Intentó no pensarlo más, pero no podía evitarlo.

«Adam no lo haría. Jamás. ¿Por qué estoy tan segura? Porque… ¡Es Adam! Para empezar, a Sally no le suele hacer ni caso. Pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí. Sí, pero eso, no. Es incapaz de acostarse con Sally. No iría tan lejos para tener un hijo… ¿verdad? En aquella época, yo estaba obsesionada, lo acusé de ser un egoísta. Habría hecho cualquier cosa por mí. ¡No! ¡No! ¡No!».

Deseaba un hijo con todas sus fuerzas, pero no a ese precio.

¿Qué iba a hacer?

—Mira, pequeño, esto es Nardoo —dijo Adam en mitad del jardín —y, por lo que parece, va a ser tu hogar.

Recordó su infancia, jugando allí con Jack, todo el día al aire libre. Pescaban, montaban en piragua, exploraban las tierras y acampaban. Había aprendido a cabalgar tan pequeño que ni se acordaba.

—Es un sitio maravilloso para un niño. Hay animales, es grande, el aire es puro y hay buena comida. No te puedes quejar.

De repente, percibió una explosión en el pañal del bebé, que dejó de llorar.

—¿Era eso? —le preguntó mirando nervioso hacia la casa—. ¿Claire? —dijo apretando el paso—. ¿Claire?

Claire apareció en el porche.

—Me parece que el problema está solucionado.

—¿Ah, sí?

—Bueno, en parte. Ha dejado de llorar, pero hay que cambiarlo —dijo tendiéndole al niño.

Claire permaneció con los brazos cruzados.
—Me vas a ayudar, ¿verdad, cariño?
—Será mejor que lo bañemos —dijo Claire sin sonreír—. Mételo en la cocina, que voy a preparar la bañera.
Adam observó cómo Claire ponía agua tibia en la bañera, comprobaba la temperatura con el codo y ponía sobre la mesa toallas y ropa limpia, junto con polvos de talco y pañales.
—¿De dónde ha salido todo esto?
—Lo tenía guardado hace tiempo —contestó Claire sonrojándose.
Adam se sintió incómodo. Claire llevaba años esperando un niño y, cuando lo tenía, no estaba feliz. ¿Qué ocurría? Algo iba mal.
Claire tomó a Rosco, lo puso sobre una toalla y comenzó a desvestirlo. Adam no pudo evitar maravillarse al ver al bebé desnudo. Era una miniatura rosada y perfecta.
Observó cómo Claire lo metía en el agua con mucho cuidado, agarrándolo bien.
—Increíble. Yo no sabría hacerlo.
Claire sonrió levemente.
Ambos se quedaron mirando al niño, que estaba encantado en la bañera.
—Le gusta —comentó Adam.
Claire le echó agua por el pecho y comenzó a bañarlo.
Miró a Adam brevemente, que se dio cuenta de que su mujer estaba disfrutando de aquel momento.
Sintió que el nudo de preocupación que sentía en el estómago comenzaba a deshacerse.
—Se te da muy bien —le dijo—. Desde luego, esto de ser madre lo llevas en la sangre.
Claire tenía la cara cubierta por los rizos, así que Adam no pudo ver su reacción. La observó sacar al niño del agua y secarlo.
Claire lo miró y Adam se sintió decepcionado al ver que seguía con cara de pocos amigos.
—¿Te importaría vaciar la bañera en el huerto?
«¿Te importaría decirme qué te pasa?», pensó él.
Se contuvo porque presintió que no era el mejor momento para hablar de ello.
Al salir, estuvo a punto de chocarse con Nancy.
—Hola, Adam, os he traído la cena. Sé lo que cuesta sacar tiempo para cocinar cuando se tiene un niño en casa.
—Gracias, Nancy. Te lo agradezco —contestó Adam. En ese momento, pensó que, tal vez, Nancy supiera por qué estaba Claire así —. Claire ha tenido un mal día
—comentó.
—Se lo dejarás claro, ¿verdad, Adam?

Adam se quedó alucinado. Luego, lo entendió.

—No te preocupes, Nancy. Ya le he dicho que es una madraza. Lo sabe todo sobre los bebés.

—¿Una madraza? —repitió Nancy como si le pareciera la peor contestación del mundo. Dudó, como si quisiera preguntarle algo, pero no lo hizo. Siguió su camino y entró en la casa.

Adam, que no entendía nada, vertió el agua en el huerto. Al entrar, se encontró a ambas mujeres pendientes del niño.

—Debe de tener hambre —estaba diciendo Nancy—. Si se toma todo el biberón, dormirá de un tirón. Debe de estar cansado, el pobrecito.

Se dio cuenta de que Nancy lo miraba como si su sola presencia pudiera hacer que la leche del biberón se cortara.

Tomó una cerveza de la nevera y decidió irse a su despacho, derecho al teléfono.

Había llegado el momento de hablar con Sally Tremaine.

Capítulo 9

Tras dar de cenar a Rosco y acostarlo, a Claire le sorprendió comprobar que Adam estaba trabajando en el despacho.

Estaba sentado con la guía telefónica abierta sobre el escritorio.

—El niño se ha dormido por fin —le comentó.

—Estás cansada, ¿verdad? —dijo Adam tendiéndole la mano—. Ven aquí, siéntate encima de mí.

Normalmente, aquello habría valido para que se sentara en su regazo y se acurrucara contra su pecho, pero no aquella noche.

—Voy a calentar el guiso de Nancy.

—Bueno, como quieras —contestó Adam preocupado.

Claire sabía que le estaba haciendo daño. Fue a la cocina, metió el guiso en el microondas y dio un golpe a la puerta.

«¡Esto es insoportable!».

Tenía que hacerse cargo de un niño y preparar una enorme fiesta y, para colmo, tenía sobre su cabeza la amenaza de que la madre del pequeño se presentara en cualquier momento y lo reclamara. Pero lo peor era ese miedo que la tenía atenazada, que Adam fuera el padre de Rosco.

Que se hubiera acostado con Sally.

Se sintió como si estuviera al filo del precipicio. Un paso en falso y todo se iría al garete.

Si fuera racional y valiente, se lo preguntaría y dejaría las cosas claras. Le bastaría con volver al despacho y ponerle el álbum delante, hacer que se enfrentara a la verdad.

Solo cuatro palabras. «¿Rosco es hijo tuyo?».

La respuesta, todavía más sencilla. Sí, no o tal vez. Sólo serían unos segundos.

Sólo tenía que preguntárselo. Si quería saber si su marido se había acostado con su hermana, no tenía más que preguntarlo.

Pero no podía. ¡No podía! No se atrevía. Le daba miedo saberlo.

Se apoyó en el fregadero e intentó no llorar.

Oyó los pasos de Adam.

—¡Claire!

Lo sintió detrás de ella, sintió sus manos en los hombros y cómo intentaba acercarla a él. Pero Claire no se dejó llevar, se tensó.

Aquello era horrible. No se podía creer que se estuviera comportando así con Adam, con su marido, el hombre cuyos brazos siempre habían sido como un paraíso para ella.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo te puedo ayudar, Claire? —preguntó dejando caer los brazos.

Claire no podía contestar. Sabía que, si abría la boca, sólo saldrían sollozos o, peor aún, la temida pregunta.

Sonó el timbre del microondas.

—Bueno, si prefieres no contármelo… —dijo Adam—. Allá tú. Yo voy a cenar.

Pondré la mesa en la cocina para que estemos más cerca del niño. Por si llora.

Claire asintió, tomó aire e intentó pensar en cosas más básicas, como Adam. Si él podía pensar en la cena y en Rosco, ella también.

—He intentado localizar a Sally —le anunció sin moverse de detrás de ella.

Claire sintió que el pánico se apoderaba de ella.

—¿Por qué? —le gritó dándose la vuelta.

Sintió una punzada de dolor en el corazón al ver a su marido pálido.

—¿Por qué? Bueno, porque… necesitamos una serie de respuestas.

—¿De verdad? —dijo Claire nerviosa. Se sentía tan mal que creyó que se desmayaba.

—¿No quieres saber la historia entera del niño? ¿Acaso no estás tan preocupada porque no la sabes?

—Sí… supongo.

—¿Supones? Bueno, yo sé que hay ciertas cosas para las que necesito una respuesta. Quiero saber si Sally nos va a dejar adoptar a Rosco. Oficialmente. Cuando sepamos eso, sabremos a qué atenernos.

—¿Solo quieres saber eso?

—Para empezar, ¿no?

—Sí, sí, claro.

Adam sonrió débilmente.

—No es lo mismo un bebé que un potro. No podemos marcarlo a fuego y decir que es nuestro.

—No, claro que no —contestó Claire esperando a que su marido siguiera con la lista de respuestas que quería, pero no lo hizo. Aliviada, comprendió que el temido momento había pasado de largo. A Adam sólo le preocupaba el aspecto legal. No le iba a anunciar nada escabroso sobre Sally y él. Aún no, en cualquier caso.

Claire se sintió mejor y ambos se pusieron a poner la mesa.

—¿Y qué tal te ha ido? ¿Has podido hablar con Sally?

—No —suspiró Adam—. He llamado al periódico y me han dicho que se ha ido y que no ha dejado ningún teléfono. He hablado con tu familia, pero nadie me ha podido decir nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Habrá que tener paciencia —dijo Claire sorprendiéndose a sí misma—. En la nota, nos decía que quería darnos tiempo para que nos acostumbráramos a la nueva situación.

Adam se encogió de hombros y abrió el microondas.

Claire quería desesperadamente mostrarse calmada y paciente, pero durante la semana siguiente comprobó que no le resultaba fácil.

Adam estaba preocupado y lo único que quería era irse a la otra punta de Nardoo a trabajar y Rosco no paraba de llorar.

Además de dar los últimos toques a la fiesta, tenía que ocuparse del pequeño.

Después de tantos años deseando un hijo, no se atrevía a confesarle a nadie que era muy duro ocuparse de él.

¿Qué pensarían de ella?

De la fiesta tampoco podía desentenderse porque llevaba meses preparándola.

Iban a ir amigos de Adam de todo el país. Además, era el sábado siguiente.

Todavía quedaban muchas cosas por hacer. Debía encontrar una buena mesa para ponerla en el jardín con las bebidas. Todavía no había decidido cómo iba a iluminar el camino de entrada. Sí tenía claro que iba a llenar todos los floreros con rosas rojas de su jardín, las preferidas de su marido. Además, podía poner pétalos sueltos en las mesas para dar un toque romántico.

Nancy la estaba ayudando en todo, desde a limpiar la cubertería de plata a elegir el traje que Adam llevaría en la fiesta y que debía de pasar primero por la tintorería.

Habían decidido hacer canapés sencillos de salmón. La tarta de cumpleaños, en forma de corazón, ya estaba encargada y una de las nietas de Nancy la recogería en Daybreak para llevarla a la fiesta.

En lugar de hacer los últimos preparativos contenta, Claire se encontró haciéndolos presa de una terrible tristeza. No paraba de pensar en quién sería el padre de Rosco.

Durante el día estaba más o menos bien, pero las noches eran terribles.

Porque estaba Adam.

Cuando lo sentía a su lado en la cama, se moría por acariciarlo y buscar consuelo en sus brazos, pero no podía.

Lo seguía viendo en la cama de su hermana.

A la tercera noche de acostarse sin un abrazo ni un beso, Adam perdió la paciencia.

—¿Qué ocurre, Claire? Me tienes que contar qué te pasa.

—Me parece que estoy teniendo una reacción nerviosa —contestó ella aferrando las sábanas—. Aunque no he parido a Rosco es como si estuviera sufriendo una depresión posparto.

No sabía si Adam se lo había creído, pero no insistió. Se quedó mirando al techo, suspiró y le dijo que, seguramente, dormiría mejor si él se iba a otra habitación. Claire sintió que se le rompía el corazón, pero no hizo nada para que no se fuera. No quería que la oyera llorar.

Cada noche que pasaba, la tensión iba en aumento.

Claire sospechaba que se estaba portando fatal. Sabía que debería

hablar con Adam y dejar las cosas claras de una vez.

—Hablaré con él después de la fiesta —se dijo ante el espejo—. No podría soportar la fiesta si me dijera que se ha acostado con Sally…

Una mañana, oyó a Rosco llorar pidiendo su desayuno. No podía levantarse. Se quedó en la cama oyendo al niño y sintió lástima de sí misma.

Por fin, sacó fuerzas de flaqueza y fue a la cocina a prepararle el biberón.

Adam ya estaba allí.

—Ya me encargo yo. Tú vuelve a la cama. Estás muy cansada.

Le podría haber dado las gracias, pero de repente se le cruzó un pensamiento terrible por la cabeza.

«¿Por qué tendría que darle las gracias? Al fin y al cabo, es su hijo».

Sin poderse creer que fuera tan ingrata, se apresuró a volver a su dormitorio sin decir ni una sola palabra.

Así transcurrió la semana. Los peores siete días de su vida.

Claire sabía que su matrimonio estaba sufriendo lo indecible. Ya no hacía falta que se mantuviera alejada de Adam. Él tampoco se le acercaba. No solo su vida sexual se vio perjudicada. Ya no había detalles. Nada de miradas cargadas de amor, nada de caricias cariñosas, nada de compartir al final del día lo que había hecho cada uno.

El profundo amor en el que se asentaba su unión se estaba resquebrajando y cada noche era peor.

La tormenta estalló cuando, el viernes por la noche, Adam volvió a casa y se encontró a Claire llorando sobre un libro como si se le hubiera roto el corazón.

En cuanto lo vio, cerró el libro, pero ya era demasiado tarde.

—Ya no aguanto más —anunció Adam con voz fría yendo hacia ella—. Sé que hay algo que te está matando y estoy harto de que me alejes de ti con esas historias de hormonas y depresiones. Ese no es el problema, estoy seguro. Tiene algo que ver conmigo, ¿verdad?

Claire quería negarlo, pero no pudo. Había llegado el momento. Debía enfrentarse a la verdad.

—Claire, cuéntamelo todo.

—No es el momento apropiado.

—Claro que lo es.

—No, mañana es tu cumpleaños.

—¿Mi cumpleaños? ¡Hip, hip, hurra! Pues menuda celebración si tú sigues con esa cara —le dijo acercándose y acariciándole la cara arrasada por las lágrimas.

—Oh, Adam, lo siento —sollozó Claire.

—Yo, también —contestó él mirando por la ventana—. Tal vez,

pudiera hacer algo si supiera por qué estás así.

—¿De verdad que no lo sabes?

Capítulo 10

—No tengo ni la más mínima idea de por qué nos ha pasado esto —contestó Adam alejándose de la ventana.

No pensaba darse por vencido hasta que Claire le contara la verdad. Por muy dolorosa que fuera, no podía ser peor que la angustia por la que había pasado en la última semana.

Esperó la respuesta con el cuerpo tenso.

Claire se levantó.

—No finjas que no sabes quién es el padre de Rosco.

«¡El padre de Rosco!».

¿De qué estaba hablando?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Oh, Adam, por Dios. No finjas. Es obvio.

Claire se retorcía las manos y lo miraba acusadora.

Adam, con el corazón en un puño, se sentía como si un enorme toro lo hubiera arrinconado.

—¿Qué estás diciendo?

—No querrás que te lo deletree…

—¿Crees… crees que yo soy el padre? ¿Por eso estás así?

—Sí —contestó Claire con el mentón levantado en actitud desafiante.

Aquello pilló tan de sorpresa a Adam que fue como si le hubieran pegado una paliza. Nunca había oído una locura semejante. Sintió oleadas de sentimientos encontrados… incredulidad… ira… frustración.

—¡Claire, eso es una locura!

—No te lo parecía cuando te sentaste a charlar bien de mañana con Sally en la cocina el verano pasado.

—¿Me estás acusando de haber seguido adelante a tus espaldas con la idea de Sally de la cánula del pavo?

No podía ser. Buscó los ojos de Claire y solo vio sospecha.

Se acercó a ella dispuesto a hacer desaparecer esas sombras de duda, pero, al ver cómo ella se retiraba, como si no quisiera que la tocara, se quedó parado en seco, como si se hubiera topado con una valla electrificada.

Entonces, lo comprendió.

—Crees que hice más que eso, ¿verdad?

Vio cómo ella se aferraba al respaldo de la silla, pálida.

—Dímelo.

Sintió que se le salía el corazón del pecho al verla asentir.

—No me puedo creer que creas eso.

Aquello era de locos. Claire no contestó.

—¿De verdad crees que te he estado ocultando algo desde que a Sally se le ocurrió aquella locura?

—Tienes que decírmelo, Adam —contestó Claire rota por el dolor—. ¿Le diste a Sally… lo que necesitaba para la inseminación?

—¡Claro que no!

Claire cerró los ojos y Adam creyó que iba a vomitar.

—Entonces, fue… lo otro —susurró.

Adam sintió un fuerte dolor en el pecho.

—¿Crees que nos acostamos? ¿Crees que tuvimos algo a tus espaldas? ¿Se trata de eso?

Claire dejó caer la cabeza entre las manos.

—No, no te calles. Tenemos que terminar esta conversación —le dijo furioso.

Tras un horrible silencio, Claire levantó la cabeza.

—Adam, no sé cómo lo hiciste, pero sí sé por qué —dijo con serenidad—. Ya sé que sabías cuánto deseaba un bebé, pero me tendrías que haber contado lo que estabas haciendo… los dos deberíais habérmelo dicho.

—Es que no había nada que contar.

—Todo el mundo sabe que Rosco es tu vivo retrato.

¿Todo el mundo? Aquello iba de mal en peor.

—¿Cómo que todo el mundo? Lo dices como si todos los habitantes del distrito estuvieran al tanto del asunto… ¡Menos yo! —gritó sin poderlo evitar.

—Nancy y Joe dicen que es igual que tú. Adam, todo el mundo que vea al niño lo pensará.

—Estupendo —rió Adam amargamente—. Maravilloso. Así que todo el distrito sabe que el hijo de tu hermana es igual que yo.

—Lo que más me ha dolido es que no me lo dijeras. Creía que estábamos muy unidos, Adam. Nunca creí que pudiera haber secretos en nuestro matrimonio.

Adam maldijo y cruzó la habitación. ¿Cómo podía haberse vuelto tan loca? Sin molestarse en preguntárselo, Claire había dado por hecho que se había acostado con Sally.

Se frotó las sienes. Así que su mujer se los había estado imaginando en la cama juntos. Se debía de haber convencido de que su hermana se le había entregado para que ella pudiera tener un hijo. Suyo, de Adam.

Gimió y se tapó la cara con las manos.

«¡No, esto no nos puede estar pasando a nosotros!», pensó.

Se sintió agotado de repente.

—Claire, Rosco no es mío. Sally y yo no…

—No sigas. No es propio de ti…

—¿Mentirte? Sabes que nunca te he mentido, pero, aun así, no me crees.

—Quiero creerte, pero, ¿cómo explicas que os parezcáis tanto? —

dijo Claire agarrando el álbum con manos temblorosas—. Cada vez que miro a Rosco, no puedo evitar verte a ti a su edad… Me estoy consumiendo, Adam. Y la única explicación lógica es que Sally y tú…

—¿Y dices que es lógica? Si el niño se parece a mí, será coincidencia. No sé cómo lo habrá hecho tu hermana, pero…

Claire abrió el álbum de golpe. Adam llevaba años sin verlo, pero lo reconoció rápidamente. Era de sus padres. Claire pasó varias páginas hasta que llegó a una serie de fotografías de una madre con su hijo.

Adam sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Se acercó y miró la fotografía.

Aquel bebé era igual que Rosco. Sintió que se le secaba la boca.

Sabía que Claire lo estaba mirando. Más bien, lo estaba escrutando.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—¿Cómo que qué voy a hacer? —gritó Adam—. ¿Qué puedo hacer? Me sorprende que no te hayas llevado a Rosco a Daybreak a que le hicieran una prueba de ADN.

—Primero, ocúpate de la madre de Rosco —contestó Claire también a gritos—.

Habla con mi hermanita pequeña… No debería ser muy difícil ya que sois tan buenos amigos.

Sorprendido, Adam miró a la mujer que amaba, a la mujer que significaba más que nada en el mundo para él.

Siempre había pensado que conocerla había sido lo mejor que le podía suceder en la vida.

—¿Te estás dando cuenta de lo que me estás diciendo? No confías en mí.

Claire cerró los ojos y se quedó sentada, muy quieta, con los labios apretados.

Claire siempre había sido la única, la gran pasión de su vida. Aquella persona amargada que tenía ante sí no era la mujer con la que se había casado. Aquella mujer que no quería que la tocara no era la suya. En qué poca estima lo debía de tener cuando lo creía capaz de engañarla.

¿Qué había sido de su Claire? ¿Cómo diablos la había perdido?

Adam sopesó la situación y tomó una decisión. Era terrible, pero era la única que Claire le dejaba.

—Si insistes —dijo sintiéndose morir, como si no la fuera a volver a ver—, iré a buscar a tu hermana, pero no esperes que vuelva pronto —añadió girándose y yéndose.

—Adam, espera. ¡Vuelve!

Claire se levantó, pero las piernas le temblaban y apenas podía andar.

—¡Adam!

Hizo como que no la oía.

Horrorizada, Claire salió en su busca, lo siguió por el pasillo hasta su dormitorio. ¡La iba a dejar! ¡Oh, no! Aquello no podía estar sucediendo. Necesitaba saber la verdad sobre Rosco, pero no a aquel precio. Nunca había querido que Adam se fuera.

¿Por qué había tenido una reacción tan fiera? Nunca lo había visto tan furioso.

¿Estaba herido por su acusación? ¿Porque era culpable? ¿Volvería? ¿Cuándo?

Se llevó una mano a la boca. ¿Y qué iba a hacer con la fiesta?

Observó desde la puerta cómo Adam agarraba una maleta y metía con movimientos rápidos y bruscos algo de ropa dentro.

—Adam, no te vayas. ¿Qué vas a ganar yéndote?

—Te acabo de decir exactamente qué pretendo ganar —contestó él cerrando la maleta y pasando a su lado.

—¡No te puedes ir!

—¿Ah, no? —dijo Adam dirigiéndose a la puerta principal.

No podía dejar que se fuera así. Debía contarle lo de la fiesta. Si supiera que iba a ir toda aquella gente por su cumpleaños…

Tenía la furgoneta aparcada delante de la casa. Salió y metió la maleta.

—¿Y mañana? Es tu cumpleaños.

Ignorándola, abrió la puerta del conductor y se montó. La miró durante una décima de segundo, cerró la puerta y encendió el motor.

Claire no podía creerse que se fuera a ir así.

Sin un adiós.

No podía verlo marchar, así que se metió en casa llorando como una loca. Antes de cerrar la puerta, oyó los neumáticos sobre la gravilla.

Rosco comenzó a berrear.

Se quedó parada en el vestíbulo. Se quería morir. Adam se había ido. En un abrir y cerrar de ojos, su amado marido había desaparecido. En su lugar, tenía un bebé.

Aquello era de lo más irónico. Tantos años queriendo un hijo… ¡Ya lo tenía, pero a qué precio!

Se tuvo que apoyar en la pared para no caerse.

¡Había perdido a su marido!

¿Cómo había sido tan tonta?

¡Adam significaba mucho más para ella que cualquier hijo!

Todos aquellos años sintiéndose vacía por no tener hijos, no eran nada comparados con el gran agujero que sentía en aquellos momentos en su interior.

Sin Adam, la vida no tenía sentido.

Daba igual lo que hubiera hecho, no podía vivir sin él.

Al darse cuenta, deslizó la espalda por la pared hasta caer hecha una madeja en el suelo.

Hannay, Barbara – No dudes nunca – 3º ¡Quizás un bebé!

Capítulo 11

—¡Adam! ¿Qué haces aquí?

Adam miró a su hermano, que estaba de lo más sorprendido.

—Disfrutando de la comodidad de tu casa —contestó —y viendo un documental sobre las aves en Rusia.

Jack puso los ojos en blanco en actitud incrédula.

—¿Cómo has entrado?

—Bueno —dijo Adam apagando la tele—, ¿no sabes que no se deben dejar ventanas abiertas? —añadió levantándose para saludar a su hermano—. Me alegro de verte.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Llegué anoche, pero, como no has dormido en casa… ¿Estabas ocupado?

Supuse que tenías trabajo…

—Sí, he estado muy liado, la verdad. En realidad, llevo una semana fuera. No hay suficientes veterinarios —contestó Jack con el ceño fruncido—. ¿Por qué no me has dicho que ibas a venir? ¿Qué pasa?

Adam llevaba veinticuatro horas intentando dilucidar una respuesta a aquella pregunta. Sabía que Jack le iba a pedir una explicación. Tenía la esperanza de que su hermano tuviera la solución a todos sus problemas.

—Quería pedirte que me ayudaras.

Jack sonrió.

—Vaya, creo que es la primera vez en la vida que me pides ayuda.

Adam consiguió sonreír también.

—Siempre hay una primera vez para todo, ya sabes.

Jack agarró una silla para sentarse, pero, de repente…

—Un momento. Son las seis. ¡Maldición! No puedo sentarme a hablar contigo.

—Lo siento. Si tienes que irte, vete. No te preocupes por mí.

—No, no. Eres tú el que tiene que irse. Eres el protagonista.

—¿Cómo?

Jack se quedó mirando a su hermano.

—Maldición, se me había olvidado que era una sorpresa. No lo sabes.

—¿Qué es lo que no sé?

Jack se sentó.

—Jack, lo estoy pasando mal, así que no me confundas más. ¿Qué pasa?

—Eh… —Jack dudó—. Dijiste que querías que te ayudara. Cuéntame qué te pasa. Estás hecho un asco.

—¿Seguro que tienes tiempo para hablar? ¿Dónde tienes que ir?

—Ahora te lo explico. Primero lo primero. Cuéntame tu problema.

—Tengo que encontrar a Sally —contestó a Adam.

—¿A Sally? —repitió Jack como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

Su reacción no sorprendió a Adam. En realidad, le dio esperanzas.

—Sí, ya sabes, la hermana de Claire. Sally Tremaine, la periodista.

—Sí, claro —dijo Jack tragando saliva—. Sé quién es. Fuimos vuestros padrinos de boda. ¿Para qué quieres hablar con ella?

—Bueno… verás… su hijo…

—¿Su qué?

—Su hijo, Rosco.

—¿Tiene un hijo? —murmuró Jack.

Adam observó la cara de sorpresa de su hermano y se preguntó si no se habría equivocado. Había sumado dos más dos y… Sabía que Sally y Jack se habían visto aquel verano y, luego, su cuñada se había mostrado más que dispuesta a tener un hijo con él…

—Nació hace un mes.

—¿Hace un mes? ¿Dónde?

—No lo sé, pero ahora está en mi casa. Sally lo dejó allí.

Parecía como si a Jack le costara respirar.

—¿Estás bien?

—Sí… sí —contestó Jack pasándose los dedos por el pelo—. Así que Sally le ha encasquetado el niño a Claire, ¿no?

—Claire lo está cuidando —contestó Adam—. La verdad es que Sally nos lo ha dado. Todo fue idea suya, un loco regalo porque nosotros no podemos tener hijos.

Jack sonrió.

—Típico de Sally.

—Sí, el problema es que ha desaparecido y… bueno, necesitamos dar con ella para aclarar unas cuantas cosas… Hay un pequeño lío…

—A ver si me entero —dijo Jack—. Sally ha tenido un hijo, os lo ha dado, se ha esfumado y ahora vosotros queréis dar con ella.

—Exacto.

—Bien, hasta ahí de acuerdo. Lo que no entiendo es para qué la buscáis. ¿Por qué hoy? ¿No podías esperar hasta mañana? ¿Qué le parece a Claire que no estés para tu fiesta de cumpleaños?

Adam se encogió de hombros.

—Cumplo años todos los años. Encontrar a Sally es más importante.

—Sí, pero no siempre tienes una súper fiesta sorpresa a la que va a ir la mitad del distrito.

—No, claro que no —contestó Adam. De repente, lo entendió—. ¿De qué estás hablando?

—Anda que… No te enteras de nada. Claire lleva meses preparando esta fiesta.

A estas horas, deberías estar en Nardoo, vestido de gala y dando la bienvenida a tus invitados.

—La habrá cancelado, no te preocupes —contestó Adam recordando las palabras de Claire del día anterior.

—No creo. He hablado con ella varias veces. Estaba tan emocionada como una niña con zapatos nuevos.

—Bueno, no creo que lo siga estando. Ayer me fui de casa.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que la has abandonado? —preguntó Jack sentándose de nuevo.

¿Era eso? ¿La había abandonado?

No lo sabía. Había abandonado Nardoo cegado por la rabia, sin saber qué hacía. Solo podía pensar en cómo había sido capaz su mujer de acusarle de algo semejante. Tantos años de fidelidad para nada.

—Supongo que ella cree que sí porque le dije que no esperara que volviera en algún tiempo —contestó sin mirar a su hermano a los ojos.

—Vamos a ver, Adam. No puedes dejar a Claire. Hasta un ciego ve que estáis hechos el uno para el otro. Está loca por ti. Tenéis una relación de esas sobre las que se escriben canciones.

Adam cerró los ojos. No quería que su hermano le recordara lo que corría el riesgo de perder si se separaba de Claire. Había tenido una noche y un día para pensar sobre ello.

Sería como perder su propia identidad. Había estado a punto de volver varias veces. Quería volver y decirle que se había equivocado de cabo a rabo en aquel asunto.

Lo malo era que, si no confiaba en él, no lo iba a creer.

Por eso no había vuelto, por eso se había quedado allí, esperando a su hermano, a ver si él le podía decir algo sobre Sally. Aunque no fuera el padre de su hijo, habían estado juntos en verano. Tal vez, supiera algo. No tenía a nadie más a quien pedir ayuda.

Había sido un día terrible. No había parado de pensar en Claire, en aquel día de hacía nueve años cuando se conocieron. Había sido en Melbourne, cuando había ido a acompañar a su madre de compras.

Mientras Elizabeth Townsend visitaba las tiendas más exclusivas, él se había dado una vuelta por las galerías de arte, los museos y las librerías.

Precisamente, en una librería en Collins Street se chocaron el uno contra el otro.

Estaban los dos tan embebidos en sus libros que no se vieron. Tras chocarse, se miraron y se pidieron perdón. Aquello fue suficiente.

Adam recordaba haberse quedado inmóvil bajo la atenta mirada de aquellos ojos del color del chocolate. Claire sonrió. ¡Qué sonrisa!

Dejaron los libros en alguna estantería. Adam no recordaba exactamente qué le había dicho, pero Claire aceptó ir a tomar un café con él. Para cuando quisieron salir de la librería, ambos sabían que se

habían enamorado perdidamente.

Al oír las palabrotas de su hermano, Adam volvió a la realidad.

—Le dije que no pensaba volver hasta que encontrara a Sally y todo quedara solucionado —dijo—. Si tenía una fiesta preparada para esta noche, supongo que la hará sin mí.

Jack suspiró.

—No sé qué locura tienes en la cabeza, hermano.

Adam apretó los dientes.

—Una que no es ni la mitad de loca que la de Claire. ¿Me puedes ayudar a encontrar a Sally?

Capítulo 12

En Nardoo, bajo la luna y la pérgola cubierta de rosas y lucecitas ya había cincuenta invitados sentados.

Estaban cenando en manteles de hilo sobre los que Claire había colocado velas y floreros con rosas rojas como el terciopelo.

Las copas brillaban cuando los invitados probaban el vino. El aire estaba lleno de risas y del rumor del río. Todos estaban disfrutando del cordero y la ternera con polenta y salsa verde.

Todos, menos la mujer sentada en la cabecera de la mesa.

Claire estaba maravillosa con el vestido color champán que se había comprado en una de las mejores tiendas de Melbourne. Le quedaba tan bien que había estado a punto de no ponérselo. Al fin y al cabo, lo había comprado para Adam.

Durante semanas, había pensado en cómo se quedaría al verla. Todos los invitados le habían dicho lo guapa que estaba y la pena que era que Adam se hubiera tenido que ausentar en el último momento por motivos de trabajo.

Había sido imposible cancelar la fiesta. Cuando reunió coraje para hacerlo, se dio cuenta de que muchos invitados estarían ya de camino.

Así que no había habido más remedio que oír «qué pena que Adam no esté»

varias veces. Por fin, tras sentarse a la mesa, los invitados, ayudados por el champán, se habían puesto a hablar entre ellos y el tema había quedado olvidado.

Pero Claire no se podía divertir, lo estaba pasando fatal. La comida se le hacía una bola en la garganta que le costaba tragar y el vino le parecía agrio.

«¿A quién pretendo engañar? El jardín está precioso, la casa, la noche es perfecta, pero ¿y qué? He perdido lo único que importa. He perdido a Adam. Soy idiota… idiota».

Deseaba tener alas para salir volando de allí. De repente, se oyeron voces en el camino. Los invitados se giraron y Claire levantó la mirada del plato de comida que apenas había tocado.

—Mira quién está aquí —dijo alguien.

Claire vio dos siluetas, dos hombres con pantalón oscuro y camisa blanca. La gente los saludó encantada. Ella no oía nada de lo fuerte que le latía el corazón.

Primero, apareció Jack…

… Y luego, Adam.

A pesar de que era más alto que su hermano, vestidos de traje, eran ridículamente iguales.

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Qué bien que hayas podido venir al final!

Claire no podía creerlo. Adam se estaba disculpando por llegar

tarde.

¿Por qué había ido? ¿Habría encontrado a Sally? Tenía tal nudo en el estómago que se alegró de no haber cenado.

Al cabo de unos segundos que a ella le parecieron siglos, Adam la miró. Claire no se podía levantar de la silla. Era como si estuviera pegada.

No estaba muy segura de que las piernas la sostuvieran.

Se miraron a los ojos y, de repente, todo el mundo se calló.

Claire tragó saliva. Sabía que todos esperaban que saludara ilusionada a su marido.

Adam no sonreía. Ella, tampoco.

«¡No montes una escena! Calma y naturalidad. No pasa nada porque estés sorprendida. Al fin y al cabo, no esperabas que apareciera».

—Adam —susurró. No la debía de haber oído nadie—. Hola, Adam —dijo más alto casi con voz normal.

Se apoyó en la mesa y se levantó.

Las piernas le temblaban.

Adam no le quitaba los ojos de encima. Lo vio tragar saliva al ver cómo le quedaba de bien el vestido.

Nunca lo había amado tanto como en aquellos momentos, con su leve sonrisa en los labios. Estaba más serio, su expresión era la de un extraño.

Claire quería correr hacia él, abrazarlo y besarlo para borrar las heridas. ¡Qué más daba lo que pensaran los invitados! Dio un paso al frente. ¿Se estarían dando cuenta de que estaba temblando?

«¿Por qué no dejan de mirarnos?».

En ese momento, Adam recorrió la distancia que los separaba y fue hacia ella.

—No me podía perder esta fiesta tan maravillosa —le dijo poniéndole las manos en los hombros y echándose hacia delante. Con el corazón revoloteándole en el pecho, Claire levantó la cara, pero Adam sólo la besó en la mejilla y se echó hacia atrás rápidamente.

Educado, como un hermano y se acabó. Como si la hubiera besado Jack.

Claire intentó que no se le notara la decepción.

—Tu mujer está preciosa, ¿eh? —dijo alguien.

—Desde luego —contestó Adam.

En ese momento, Claire podría haber besado al invitado que había roto el hielo.

En un abrir y cerrar de ojos, todos estaban charlando de nuevo. Se pusieron dos servicios más en la mesa y Adam y Jack se sentaron algo apartados de Claire.

La fiesta continuó.

Adam sentía que le iba a estallar la cara si tenía que seguir fingiendo aquella sonrisa. Lo peor era mirar hacia Claire y saber que no la podía tocar. Era una tortura.

Aquel vestido le sentaba de maravilla. Le recordó al delicado ángel de cristal que habían comprado en Venecia el último verano. Era un ángel con ojos ensombrecidos por el dolor.

La miró y sintió como si su corazón también fuera de cristal y estuviera a punto de romperse.

No estaría allí si no hubiera sido por Jack. No le había dejado opción.

—Vas a ir a esa fiesta, te lo advierto. Aunque tenga que atarte y meterte en el coche —le había dicho su hermano.

—De eso nada —le había contestado él intentando zafarse—. No pienso volver a Nardoo hasta que no encuentre a Sally Tremaine.

—¿Qué información exactamente esperas obtener de ella?

—Necesito saber quién es el padre del niño.

Durante unos segundos, Jack se quedó como si le costara respirar.

—¿No te haces una idea de quién puede ser?

—Pues no. Claire está obsesionada con que es mi viva imagen… —Adam lo miró atentamente—. La gente dice que somos iguales. Pensé que podrías ayudarme a averiguar la verdad.

—No sé nada del hijo de Sally, te lo juro —contestó Jack retorciéndose las manos—, pero tú tienes que ir a la fiesta de esta noche, cumplir con tu mujer y…

Creo que será mejor que te diga dónde está Sally.

Adam saltó de la silla.

—¿Sabes dónde está?

Jack sonrió amargamente.

—Sí, tengo un número donde la puedes localizar.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Tengo que hablar con ella ahora mismo.

No quiero perder más tiempo.

—No pienso darte el número si no vas a la fiesta.

—Maldita sea, Jack, esto es chantaje.

—Es un trato, Adam. Si vas a la fiesta, mañana por la mañana te digo dónde está Sally.

—¿Mañana? ¿Por qué no ahora?

—Porque no tenemos tiempo —contestó Jack mirando la hora—. Tendríamos que haber salido hace un rato y todavía tenemos que encontrar un traje para ti.

Así que allí estaba… en su fiesta de cumpleaños, rodeado por sus amigos más íntimos y queridos y sintiéndose más solo que la una.

Aquello era terrible. En la última semana, Claire y él se habían convertido en desconocidos.

¿De qué servía volver a verla si no tenía respuestas todavía? Ojalá hubiera podido hablar con Sally ya.

Debía fingir. Sus invitados no podían sospechar nada. De momento, todo iba bien. Hablaban y reían sin parar.

Después de cenar y de que Adam cortara la tarta de cumpleaños, se levantó un poco de fresco, así que pasaron a tomar café y licores en el porche.

Adam habló con unos y otros, pero sin enterarse de nada. No se podía concentrar. A las once ya no podía más.

—He cumplido mi parte del trato, así que vámonos —le dijo a su hermano.

—Pero si la noche acaba de empezar —protestó Jack.

—Es tarde y me quiero ir —gruñó Adam.

—A ver si te tranquilizas. Estás en la fiesta de tu treinta y cinco cumpleaños en tu casa. No hay prisas, ¿de acuerdo?

—Yo sí tengo prisa.

—No eres la Cenicienta —dijo Jack dándole una copa de oporto—. No llevas zapatos de cristal y mi coche no se va a convertir en una calabaza.

—He cumplido mi parte del trato y ahora te toca a ti. Esta gente sabe que tengo negocios y no se extrañarán si me ausento. Vamos a tu casa a llamar a Sally.

—Primero tienes que hablar con Claire.

—No tengo nada que decirle ahora mismo —murmuró mirando al suelo.

No podía hablar con ella porque no quería ver el dolor de sus ojos. Le rompía el corazón.

—Solo que gracias por la fiesta y desearle buenas noches.

—No entiendo nada —dijo Jack.

«Yo, tampoco», pensó Adam.

—¿Te vienes conmigo?

Jack suspiró.

—Si insistes… pero es muy tarde para llamar a Sally ahora.

—No importa. Me quiero ir —dijo Adam yendo hacia Claire sin pensárselo dos veces.

Estaba hablando con un matrimonio amigo, así que tuvo que esperar un par de minutos.

—Claire, lo siento, pero me tengo que ir.

Claire se puso más pálida de lo que ya estaba.

—¿Te vas? —susurró.

Los Jensen sonrieron incómodos.

Adam sintió una puñalada de dolor en el pecho.

—Siento estropearte la fiesta, pero ya sabes que… las cosas han salido así.

—Sí —consiguió decir Claire con un hilo de voz—. ¿Quieres que hablemos de algo? —añadió mirando en dirección a la cocina.

Los Jensen se excusaron diciendo que iban a servirse un café y se esfumaron.

—No tenemos nada de lo que hablar —contestó Adam—. Hablaremos cuando todo esto haya terminado.

—Adam.

Tuvo que apartar la mirada porque no podía verla sufrir tanto.

—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—De nosotros.

No podía ser. No tenía las respuestas que Claire necesitaba.

—Esta noche no —le dijo dándole un leve beso en la mejilla—. Muchas gracias por la fiesta. Ha sido maravillosa.

Fue hacia los Jensen y se despidió de ellos intentando ignorar lo preocupados que estaban. Tras la consabida ronda de adioses, hizo una señal a Jack con la cabeza y se fueron.

«Respira, respira», se dijo Claire mientras lo veía irse de nuevo.

Aquella vez le dolió más que la primera.

«Si sigo respirando, no me moriré».

Habría sido mejor que no hubiera ido. Para colmo, no le había dado la oportunidad de hablar a solas. Si lo hubiera hecho, le habría pedido perdón y le habría rogado que volviera con ella.

«Me muero. Se me está rompiendo el corazón. Tengo que seguir respirando».

Qué frío se había mostrado. No era su Adam.

Lo peor era que ella no tenía ninguna excusa para irse. En ese momento, oyó llorar a Rosco. Nunca se había sentido tan aliviada. Sonrió y se fue a darle el biberón.

Adam estaba agotado tras otra noche sin dormir, pero se levantó como de costumbre antes de las seis. Para hacer tiempo antes de llamar por teléfono, se fue a correr por Daybreak.

Una hora después, estaba sentado en la cocina de Jack tomándose una taza de té cuando entró su hermano muerto de sueño.

—Toma —le dijo dándole un papel—. El teléfono de Sally.

—Es un número de Brisbane —dijo Adam.

—Sí. ¿Y?

—Que he intentando localizarla allí, he hablado con toda la gente que se me ha ocurrido y nada.

Jack se sentó.

—Sal quiere estar ilocalizable un tiempo, supongo que por el niño. Está en casa de un viejo periodista que ya no trabaja. Lo conoció en una fiesta de Sally. Son muy amigos. Ella cocina para él a cambio de

una habitación y una vida tranquila.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí?

Jack se encogió de hombros.

—Unos tres meses. Desde que dejó el periódico.

Adam arrugó el ceño.

—Sabes mucho de Sally. Mucho más que Claire y yo.

—Puede que dé esa impresión, pero solo sé lo que ella me cuenta, la versión oficial. No sabía que estuviera embarazada, por ejemplo —dijo sirviéndose una taza de té.

—Tal vez, fuera mejor que la llamaras tú.

—¿Por qué? —preguntó Jack algo tenso.

—Bueno, si quiere esconderse de Claire y de mí por alguna loca razón, no creo que le haga mucha gracia oír mi voz, ¿no?

Jack se quedó pensativo.

—Supongo que no —suspiró—. ¿Quieres que le pregunte quién es el padre del niño? Eso es muy personal.

—No se lo quieres preguntar, ¿verdad?

—No.

—Jack… ¿Sally y tú teníais algo?

—¿Algo? ¿No podrías ser un poco más concreto?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Estoy hablando de una relación.

—No… No porque yo no hubiera querido, pero ella es una chica de ciudad. No soy su tipo.

Ambos hermanos se quedaron en silencio.

—Supongo que no la conoces lo suficiente como para hacerle una pregunta tan personal —dijo Adam.

—Exacto —contestó Jack aliviado.

—Bueno, hablaré yo con ella.

—Si se entera de lo tuyo con Claire, se va a sentir fatal.

—Sí, supongo.

Adam agarró el papel y fue hacia el teléfono. Estaba ridículamente nervioso. De aquella llamada dependía su matrimonio.

—Vince Blainey —contestó alguien al otro lado.

—Buenos días, Vince —dijo Adam todo lo normal que pudo—. Estoy intentando localizar a Sally Tremaine y me han dado este número.

—¿Quién eres?

—Adam Townsend, su cuñado.

—Sí, me ha hablado de ti.

—¿Me podrías ayudar?

—Lo siento, pero no.

Adam puso los ojos en blanco.

—Tengo que hablar con Sally de un asunto muy importante. Un

asunto familiar.

—Ya, pero es que no está aquí —contestó Vince.

—¿Podrías decirme dónde está?

—Me temo que no.

—Es un tema bastante urgente.

Adam oyó la silla de su hermano. Jack se levantó y fue hacia él.

—¿Nada? —le preguntó en voz baja.

Adam tapó el aparato.

—Dice que no sabe dónde está. Mentira.

Jack suspiró.

—Trae, será mejor que hable yo con él —dijo Jack tomando el teléfono—. Vince, soy Jack. Mira, de verdad, esto es muy serio. Tenemos que hablar con Sally como sea.

Hubo un largo silencio y Adam vio cómo su hermano se ponía pálido.

Capítulo 13

Por suerte, Claire se sabía los noventa kilómetros de trayecto a Daybreak de memoria. Otras veces, disfrutaba del paisaje, pero aquella tarde solo tenía ojos para la carretera.

Tenía una misión que le llenaba de miedo, pero que debía hacer. Había estado todo el día pensándoselo, pero, al final, había reunido el valor para ir a casa de Jack en busca de Adam.

Estaba decidida a que volviera con ella. Ató a Rosco en su sillita de coche, agarró sus cosas y puso rumbo a Daybreak.

Le daba igual lo que pensaran los demás. Necesitaba a su marido. Estaba dispuesta a perdonarle todo con tal de que volviera.

Sabía que, si se lo hubiera contado a sus amigas, la habrían regañado, pero el papel de esposa herida no iba con ella. Lo había intentado la semana anterior a que Adam se fuera y había sido la peor semana de su vida. Estaba avergonzada de lo mal que había llevado aquel asunto.

Aunque le dolía en lo más hondo imaginarse a su marido en la cama con su hermana, era mucho peor vivir sin él.

El trayecto se le hizo más largo que otras veces, pero, por fin, tomó el camino de Daybreak y cruzó el puente de entrada.

Sintió que el corazón se le salía del pecho. En un cuarto de hora estaría en casa de Jack. En un cuarto de hora tendría que haber encontrado las palabras adecuadas para convencer a Adam de que volviera a casa.

Sabía que no iba a ser fácil. La noche anterior, Adam se había mostrado de lo más frío, pero daba igual, tenía que hacerlo.

Tenía que encontrar la manera de que la escuchara, de pedirle perdón.

Se miró en el espejo retrovisor y pensó que, tal vez, había sido un error no arreglarse un poco. ¿Para qué? ¡En la fiesta había estado espectacular y no había servido de nada! Por eso, iba en vaqueros, con una camiseta gris y sin maquillaje.

No era momento de ponerse modelitos sino de ir con el corazón en la mano y hacer comprender a Adam.

Al acercarse a la señal del puente, Adam frenó. Tenía el sol de frente y no veía mucho. Puso la mano y entrecerró los ojos. Sí, venía un coche de frente.

Esperó a que pasara. «¡Un momento!». Era su coche. Sí, el sedán verde. Y al volante iba Claire completamente concentrada en la carretera. Apretó el volante.

¡Aquello era de locos! ¿Cómo no lo había visto? Si se había echado a un lado y todo para dejarla pasar. Conocía de sobra su camioneta. La tendría que haber reconocido. ¿Qué le pasaba que iba tan concentrada en la carretera, sin mirar a su alrededor? ¿Y qué demonios hacía en

Daybreak a aquellas horas?

¡Y él volviendo a Nardoo para decirle que no podía pasar un minuto más sin ella! Y que había hablado con Sally.

Suspiró exasperado. La carretera era muy estrecha. No podía dar la vuelta para seguirla. Decidió seguir adelante y dar la vuelta en cuanto pudiera.

Sí, pero, para entonces, ella ya habría llegado a casa de Jack. ¡Maldición! Tenía muchas cosas que decirle, pero hubiera preferido decírselas en casa.

Le quería decir que había sido un tonto por irse, que, aunque las cosas hubieran estado fatal, se tendría que haber quedado a su lado. Porque era su mujer.

Separándose no ganaban nada. Sólo dolor y desesperación.

No sabía qué opinaría ella, pero tenía que intentar volver con Claire.

A los cinco minutos, pudo dar la vuelta. Estaba anocheciendo. Para cuando dio con el coche de Claire era casi de noche. La siguió hasta la casa de Jack, a las afueras de Daybreak, donde casi todas las luces estaban encendidas.

Bajó de la camioneta y fue hacia ella. Obviamente, se tenía que haber dado cuenta de que la estaba siguiendo. No lo parecía. Al llegar junto a su coche, la vio aferrada al volante sin querer ni mirar por la ventana.

—El carné de conducir, por favor —bromeó Adam.

Claire se giró lentamente.

—Pero… pero, señor agente —sonrió ella haciendo el esfuerzo de su vida—. Si no iba rápido.

—Creo que está usted bebida.

—¿Quiere hacerme la prueba? —preguntó Claire dubitativa.

—Exacto —contestó Adam.

Claire salió del coche como asustada, dejando la puerta entre ellos como una barrera.

No era así como Adam se había imaginado su reconciliación sino, más bien, él entrando en Nardoo, Claire estaría en el jardín, de rodillas, sembrando unas plantas.

Al oír su nombre, se volvería feliz, se levantaría y correría hacia él. Con violines y esas cosas, sí. Ella siempre había sido una romántica empedernida, así que Adam se veía como todo un héroe.

Pero no. Allí estaban en mitad de la noche y no había nada de romántico en el encuentro. Solo una mujer enfadada. Se sentía todo menos héroe.

—¿Qué haces en Daybreak? —le preguntó.

—Venir a buscarte —contestó ella con lágrimas en los ojos y apretando tanto la puerta que tenía los nudillos blancos—. ¿Y tú

dónde ibas?
—A Nardoo —contestó Adam.
—Ah.
Adam tragó saliva.
—He visto a Sally…
Claire miró hacia casa de Jack.
—¿Está aquí? ¿En casa de Jack?
—Sí, ha llegado hace un par de horas.
—Ya —dijo Claire tocándose el corazón, que se le salía del pecho —. ¿Has…
hablado con ella?
—Claro.
Claire cerró los ojos y Adam supo que estaba reuniendo fuerzas para hacerle la siguiente pregunta.
—¿Qué te ha dicho?
—Sally está dispuesta a jurar sobre la Biblia que no soy el padre de su hijo.
Al principio, creyó que no lo había oído. No sonrió aliviada, pero abrió los ojos como platos.
—¿Te ha dicho quién es?
—No.
Claire se quedó pálida.
—¿Por qué no? —suspiró—. ¿Por qué no nos lo cuenta todo de una vez?
—Porque se lo tiene que decir primero a él.
—¿Cómo? ¿Y cuándo piensa hacerlo? ¿Para qué pierde el tiempo viniendo a Daybreak?
Adam se encogió de hombros. Sabía qué hacía Sally allí, pero se calló para respetar su decisión.
—Supongo que porque el padre de su hijo vive aquí.
—No creo —contestó Claire—. ¿De qué habéis hablado? ¿Quiere que le devolvamos a Rosco?
Adam no contestó inmediatamente.
—Yo diría que hay posibilidades.
—¿Muchas?
Adam se acercó y le agarró las manos.
—No somos los únicos que lo hemos pasado mal últimamente. Creo que ser madre ha sido una experiencia mucho más fuerte de lo que Sally creía.
Para su sorpresa, Claire entrelazó sus dedos con los suyos.
—Tienes razón —susurró—. Lo he estado pensando mucho. He estado pensando en Sally y sé que debe de sentirse fatal sin su hijo. Es un niño precioso y es suyo —dijo con lágrimas en los ojos—. Dios, Adam, ¿te imaginas qué horror debe de ser tener a Rosco y luego

separarte de él?

—¿Podrías soportar devolvérselo?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, se abrió la puerta de casa de Jack.

—Adam, ¿eres tú?

—Sí. Y Claire.

—Pues entrad.

—Ya vamos —dijo Adam—. Te ayudo con el niño —le dijo a Claire.

—No, está dormido. Déjalo en el coche. No pasa nada por un par de minutos.

Deberíamos decirle a Sally que saliera a buscarlo. Así, le dejaremos unos minutos sola con su niño. Le será más fácil si no estamos nosotros delante.

Adam sonrió y le dio un beso en la nariz.

—Me parece bien. Me acabas de demostrar por enésima que mi… que eres mucho más que una cara y un cuerpo bonito.

—Puede que sea una cobarde —sonrió Claire temblorosa—. Así no tendré que dárselo —añadió agarrándose de la mano de Adam—. Puede que aquí se acabe mi experiencia como madre.

Adam le apretó los dedos helados deseando poderla consolar, pero no encontró las palabras.

Al subir las escaleras, se encontraron a Jack pálido. Era difícil saber si se alegraba o no de verlos.

—Me preguntaba si apareceríais.

Tras él, vieron a Sally en el sofá. Estaba roja de tanto llorar. Parecía la persona más triste del mundo. Al verla, Claire fue corriendo hacia ella.

Sally se levantó y se abrazaron con fuerza, llorando, como si hiciera años que no se vieran.

Adam miró a su hermano, que estaba descompuesto.

—¿Estás bien?

—Bueno…

—¿Cuándo has vuelto a casa?

—Hace una media hora —contestó Jack.

Adam le dio una palmada en la espalda. Sabía que se había llevado la sorpresa de su vida.

Las hermanas se separaron y Sally miró a Adam y a Jack.

—¡Menuda tardecita! Primero lloro con Adam, luego con Jack y ahora con Claire. Me debo de estar deshidratando.

—Hay otra persona sobre la que te queda llorar todavía —dijo Claire.

Sally la miró con los ojos como platos.

—¿Lo has traído?

—¿A Rosco? Pues claro. Está en el coche. ¿Quieres ir a buscarlo?
—¡Sí! —exclamó Sally—. Dios mío, cuánto lo he echado de menos.
—Ve… —dijo Claire dándole las llaves del coche.
—Pero… ¿Esto significa que…?
Claire apretó los labios y sonrió.
—Significa que te lo devuelvo, Sal.
—Oh, Claire —lloró Sally abrazando a su hermana de nuevo. Dio tres pasos hacia la puerta y se giró hacia Jack—. ¿Vienes? —le dijo tendiéndole una mano temblorosa.
Jack dudó.
—Claro —contestó mientras Claire miraba a Adam sorprendida.
Jack y Sally salieron corriendo de la casa. Claire se acercó a Adam. Sin hablar, observaron cómo sus hermanos llegaban al coche, abrían la puerta y se quedaban mirando al niño. Vieron cómo Sally apoyaba la cabeza en el hombro de Jack sin poder parar de llorar y cómo él la abrazaba con todas sus fuerzas.
—Oh, Adam —sollozó Claire limpiándose las lágrimas en su camisa.
—No deberíamos de estar espiándoles —contestó él llevándosela hacia la cocina.
—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó Claire con los ojos llenos de lágrimas.
—¿Sobre mi hermano pequeño y tu hermana pequeña?
—Y el pequeño Rosco.
—Que es exactamente igual que Jack.
Claire sacudió la cabeza y sonrió.
—Jack y tú sois iguales. ¿Cómo no lo pensamos?
—A mí se me ocurrió, pero, como Jack no sabía nada…
—Espero que Sally no le haya hecho daño.
—Si lo ha hecho, creo que quiere arreglarlo.
—Voy a hacer café —dijo Claire—. Me parece que lo vamos a necesitar todos.
—Al de Jack, ponle un buen chorro de licor —sonrió Adam.
Claire miró a su alrededor. El fregadero estaba lleno de platos sin fregar. En el frutero, solo había un plátano y la mesa estaba cubierta de periódicos.
—Me pregunto qué sienten Sally y Jack el uno por el otro —le dijo a Adam mientras ponía la cafetera.
—Supongo que están descubriéndolo.
—Pobres —comentó Claire mientras Adam buscaba cuatro tazas limpias.
—¿Cómo pobres? Con un poco de suerte, descubrirán que están perdidamente enamorados —sonrió enigmático—. Si es así, podrían tardar un tiempo en darse cuenta.

Claire arrugó el ceño.

—Sally es carne de ciudad.

—Y Jack es más de campo que las amapolas.

—Sí.

—Me parece que ese ha sido siempre su problema. No creo que les sea fácil solucionarlo —dijo Adam—. Hablando de problemas, nosotros también tenemos uno que solucionar.

Claire sintió como si se estrellara contra un muro. Ya no había nada más que decir sobre Sally y Jack.

¿Qué hacían hablando sobre sus hermanos cuando tenían que hablar de ellos?

No se habían ni pedido perdón.

Se puso nerviosa. Estaban solos, pero como a cien mil años luz. Al salir de Nardoo, había pensado que todo se desarrollaría como en una película romántica, que se mirarían y se abrazarían, que ella le pediría perdón y él se lo daría enseguida.

Sin embargo, Adam no parecía muy dispuesto a dejarse abrazar.

—Dijiste que venías a Daybreak a buscarme —dijo mirándola atentamente.

Claire asintió y se retorció las manos. Estaba de pie junto a la gran mesa de pino, intentando recordar el discurso que tenía preparado.

—Venía porque tengo algo muy importante que decirte.

—Aquí estoy. Soy todo oídos —sonrió Adam.

Había llegado el momento, pero no se sentía tan segura como al salir de casa.

Todo le parecía diferente.

Sonrió nerviosa.

—He venido a Daybreak para… decirte que… para pedirte que me perdonaras.

Perdona por no haber confiado en ti. No me puedo creer que te hiciera irte.

Claire sintió que se le paraba el corazón mientras esperaba su respuesta. Adam no había corrido a estrecharla entre sus brazos. Se limitó a asentir.

—También ha sido culpa mía —dijo Adam—. No debería haberme ido. No debería haberte dejado sola. Ni siquiera un día.

—Adam, me siento como una estúpida. No te culpo por haberte ido… debería haber confiado en ti.

—Es muy difícil que un matrimonio sobreviva sin confianza.

Claire se cubrió la cara con las manos. Se sentía completamente avergonzada sabiendo que el padre de Rosco era Jack y no Adam.

Intentó explicarse.

—El problema era que sabía que harías cualquier cosa por verme feliz y, cuando vi al niño, me asusté al pensar lo que ese «cualquier

cosa» podía haber sido. Me asusté por haber pedido demasiado… temí haberte empujado a…

—¿Acostarme con Sally?

—No debería habérseme pasado por la cabeza. Me dijiste que no… habías hecho nada con Sally y debería haberte creído. Quiero que sepas que, antes de saber que Jack y Sally estaban juntos, venía a decirte que me daba igual quién fuera el padre de Rosco porque…

—¿Por qué? —preguntó Adam emocionado.

Claire tomó aire y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Porque me he dado cuenta de que tú eres más importante que un hijo. Me da igual lo que hayas hecho. Te necesito. Te quiero.

Claire oyó el grito de sorpresa de Adam.

—¡Oh, Adam!

Se quedaron mirándose. Claire ya no podía más. Abrió los brazos en una clara señal para que la abrazara.

Por fin, Adam la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Claire, mi amor, cuánto te he echado de menos.

Se abrazaron riendo y llorando a la vez. Adam la besó con pasión. Sus cuerpos se buscaron, se pegaron, se rozaron, curándose uno a otro.

Qué bonito era volver a ser feliz en mitad de la desastrosa cocina de Jack. ¿Sólo bonito? Claire estaba extasiada. Era Adam. Aquel sí que era su Adam.

¿Estaba de verdad con los pies en la tierra? ¡Pues no! Adam la había levantado por los aires. Claire pasó las piernas por su cintura y lo cubrió de besos de arriba abajo. Adam hizo lo mismo mientras se sentaba en una silla con Claire encima. Ella lo besó con fruición y notó su masculinidad. Lo deseaba allí mismo, sí, en la cocina de Jack. Aunque sus hermanos pudieran entrar en cualquier momento.

No pudo aguantarse. Se apretó contra él, sintió su respiración acelerada y sus manos explorando como si fuera la primera vez.

En ese momento, oyeron pasos.

—Madre mía —murmuró Claire levantándose y poniéndose bien la camiseta antes de correr a servir el café.

Adam hizo como que estaba leyendo uno de los periódicos.

—Qué bien huele a café —dijo Jack al entrar.

Claire lo miró y le entraron ganas de abrazarlo. ¿Estaba tan feliz como ella? Se contuvo. ¿Y su hermana? ¿Qué habría pasado?

—¿Qué te parece el niño?

—Es precioso —sonrió Jack.

—¿Sal está bien?

—Estoy estupendamente —contestó la aludida entrando en la cocina con Rosco en brazos.

—¿Qué tal lo has encontrado? Le he cuidado lo mejor que he sabido.

—Está estupendo —contestó Sally—. Ha crecido. Muchas gracias por todo lo que habéis hecho.

Claire miró al niño y, por un momento, volvió a sentir el vacío de no ser madre.

—Sentaos —dijo acercándoles las tazas.

—Gracias.

Mientras los demás se sentaban, Claire sirvió el café. Miró a su alrededor tras sentarse enfrente de Adam. Todos estaban sonrientes y callados.

Sólo se oían los ruiditos de Rosco y el sonido del café al caer en las tazas. Jack quitó los periódicos y ayudó a Claire.

Miró a Adam, pero su marido estaba concentrado en ponerse azúcar. Miró a su hermana, que estaba pendiente de su hijo. Miró a Jack, que sonreía mirando a Sally.

—Si nadie dice nada, me voy a enfadar.

Todos se pusieron a hablar a la vez.

—Qué bueno está el café —dijo Adam.

—Sí, me ha venido de maravilla —apuntó Sally.

—No sé si habrá algo de comer —comentó Jack—. Creo que hay pan y queso. Si queréis, podemos hacer emparedados.

Claire se tapó la cara con las manos y gruñó.

—Tranquila, hermana. Estamos de broma. Supongo que querrás que os cuente un par de cosas, ¿no?

—Te lo agradecería mucho.

Sintió la mano de Sally en el brazo.

—Lo siento, sé que lo has pasado mal. ¿Por dónde quieres que empiece?

—¿Qué tal por el principio?

—¿Como, por ejemplo…?

—Como, por ejemplo, cuánto hace que Jack y tú sois pareja —intervino Adam

—. Hemos asumido que Jack es el padre de Rosco.

Sally miró a Jack y sonrió.

—Llevamos saliendo bastante tiempo —contestó—. Casi nueve años.

—¿Cómo? —dijo Claire—. ¿Desde nuestra boda?

—Sí, lo dejábamos y volvíamos.

—Más bien lo dejábamos —apuntó Jack.

—Sí, bueno, mi fobia a los compromisos y nuestros estilos de vida, tan diferentes, fueron la causa —admitió Sally tomando de la mano a Jack—, pero esa bestia ya está vencida.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Claire.

—Quiere decir que Sally se va a venir a vivir conmigo al campo. Y que se va a casar conmigo.

Sally sonrió como una colegiala.

Hubo tantos gritos de júbilo, abrazos y besos que Rosco se puso a llorar. Le prepararon el biberón y Jack hizo los emparedados. De repente, todos se dieron cuenta del hambre que tenían y los devoraron.

—Jack teme que yo haya dañado vuestro matrimonio de modo irreparable —

dijo Sally mientras le daba de comer al niño—, pero no creo que sea necesario preguntaros nada. Después de haber visto cómo os besabais… ¡Hemos tenido que salir y volver a entrar haciendo ruido para que paraseis!

Claire se puso roja y sonrió a Adam, que le devolvió la sonrisa.

—Bueno, os voy a explicar lo del niño.

Claire dejó el emparedado en el plato y sintió un nudo en el estómago.

—El plan era que fuera un regalo para vosotros dos. Pensé que, como no podíais tener uno vuestro, lo mejor era que tuvierais uno de Jack y mío… Lo malo fue que no le dije a Jack nada. No tenía ni idea del impacto que este pequeño iba a tener sobre mí. Nueve meses de embarazo… ¡Y el parto! —se mordió el labio incómoda, como todas las mujeres que hablaban de embarazos y partos delante de Claire—. Ha sido una experiencia que me ha cambiado la vida —dijo más seria que nunca.

Nadie dijo nada. Fue como si todos estuvieran asimilando que los días locos de Sally Tremaine habían quedado atrás.

Claire se dio cuenta de que los últimos diez meses tanto su hermana como ella habían aprendido mucho.

—¿Y vosotros qué tal? ¿Cómo os ha sentado tener que devolverme a Rosco? —

les preguntó.

Claire y Adam se miraron, se sonrieron y sintieron la complicidad de siempre.

Aunque no tuviera un hijo nunca y sintiera de vez en cuando ese vacío, Claire sabía que podría vivir con ello.

—Aparte de que debe estar contigo, queremos que así sea. Rosco debe estar con sus padres —contestó muy serena.

—Muchas gracias —susurró Sally llorando—. El hecho de que me devolváis a mi hijo, que es como un regalo para mí, no tiene comparación con lo que yo he hecho

—sollozó.

Claire se arrodilló ante su hermana y la abrazó.

—No me cuesta hacerlo porque sé que es donde debe estar.

—Piensa en nosotros cuando queráis salir a cenar —apuntó Adam —. Claire y yo somos los mejores tíos del mundo.

Capítulo 14

Adam dejó la camioneta en casa de Jack y volvieron en el sedán a Nardoo. A la luz de la luna y mientras conducía, observó a su mujer. ¿Estaría pensando en el niño que había tenido durante un tiempo y que acababa de perder?

Con un poco de suerte, no estaría pensando en eso sino en hacer el amor. Él no podía pensar en otra cosa.

—Mi reino por saber lo que estás pensando.

Claire sonrió.

—Me estaba preguntando qué te pareció el vestido que llevaba en la fiesta.

Adam se rió.

—Estabas sensacional, pero debería ser ilegal que las mujeres aparecieran así vestidas en público.

—¿Ilegal? ¿Por qué?

—Porque todos los hombres presentes estaban teniendo fantasías contigo. Era como si el vestido fuera transparente.

—¿Se veía algo?

—Por desgracia, no.

Claire sonrió complacida.

—Pero eso no quita para que no te imaginase sin él.

Claire se sentó erguida.

—¿Me desvestías tú?

—No, yo miraba como tú te lo quitabas.

Claire se acercó a él y se rió.

—¿Cómo me desvestía?

Adam sonrió. Sabía que Claire no perdería la oportunidad de jugar a algo erótico aunque estuvieran en el coche en mitad de la oscuridad.

—Era falda y parte de arriba, ¿verdad?

—Vaya, Adam —dijo Claire sorprendida—. ¿Te diste cuenta de ese detalle?

—Por supuesto.

—Pero si apenas me miraste.

—Eso es lo que tú te crees.

Claire se quedó en silencio, pensando en lo que le acababa de decir. Sonrió enigmáticamente y miró la carretera.

—¿Y qué viste? ¿Qué me quité primero?

Adam apretó el volante.

—Claire, que vamos a tener un accidente.

—Venga, no seas aguafiestas. Dímelo.

Adam tomó aire.

—La falda.

—¿Me bajé la cremallera muy lentamente?

Adam tragó saliva.

—Sí. Estabas increíblemente sensual con los zapatos de tacón y sin medias…

con esas piernas tan largas…

—Y con braguitas doradas.

—Como no pares, me echo al arcén y te desvisto aquí mismo.

—La verdad es que esas braguitas son más de encaje transparente que de seda.

—¡Claire!

—Y no llevaba sujetador.

—Para.

—Lo siento.

No lo sentía en absoluto, pero permaneció en silencio porque habían dejado la carretera principal y ya estaban en el camino de Nardoo.

—Ya estamos casi en casa —dijo Adam pensando en meterse en la cama… con Claire para hacerle saber lo feliz que se sentía.

—¿Sabes que sigo locamente enamorado de ti? —le dijo. Al no obtener contestación, se giró hacia ella y comprobó que estaba dormida—. ¿Claire? La Bella Durmiente —susurró.

Al llegar a casa, la despertó.

—Claire, hemos llegado.

No se movió.

Adam sonrió.

—Claire, a la cama.

Nada. No se sorprendió de que estuviera agotada. No había dormido mucho últimamente, había tenido que organizar la fiesta y, además, enfrentarse a la odisea emocional de devolver a Rosco.

Seguramente, podría estar durmiendo una semana.

La sacó del coche y la metió en casa. La depositó en la cama y Claire ni se movió. Adam se rió. ¡Y él que había contado con una noche de sexo salvaje! La besó en los labios. Nada. Profundamente dormida.

Le quitó los calcetines, los zapatos y los vaqueros. Le dejó en braguitas y camiseta y la tapó.

—Te quiero.

Se moría por tocarla. La deseaba con todo su ser, pero no había nada que hacer más que darse una buena ducha fría. Tras una semana sin poder acercarse a su sensual mujer, debía dormir a su lado y seguir sin tocarla.

Claire se levantó al amanecer y se quedó echada preguntándose lo que había pasado la noche anterior. Lo último que recordaba era volver a casa en coche tras despedirse de sus hermanos en casa de Jack y dejarlos felizmente abrazados.

No recordaba haber llegado a Nardoo. ¿Cómo se había metido en

la cama? ¿Por qué llevaba puesta la camiseta?

Se giró… y sonrió al ver al hombre con el que compartía la cama. Un hombre de pelo oscuro, dormido y guapo como un dios griego.

Sí, aquella era su fantasía preferida. Lo miró atentamente. Siempre le habían gustado los hombres guapos y con hoyito en la barbilla.

¿Y si espiaba por debajo de la sábana a ver qué tal era el resto?

¡Claro que sí!

Se arrodilló y se sorprendió ante la belleza de aquel cuerpo desnudo. Era un dios, un verdadero dios del Olimpo, desde la espalda ancha hasta el pecho musculoso pasando por su cintura y sus caderas. Todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo eran perfectos.

¡Todos!

¿Qué haría si se despertara y la viera desnuda a su lado? Sintió una punzada de deseo. Se quitó la camiseta.

Entonces, el dios abrió los ojos. Qué ojos azules tan increíbles tenía, Claire sintió que se ahogaba en ellos. ¡Qué guapo!

Quería tocarlo, lo necesitaba.

—Buenos días —sonrió él.

—Buenos días.

Alargó el brazo y la hizo temblar de gusto al acariciarle el escote.

—¿Estás siempre así de guapa por las mañanas?

Claire sintió que las mejillas y varias otras partes de su cuerpo se encendían.

—Estoy mucho mejor por las noches.

—Imposible —contestó él masajeándole el hombro.

Claire no podía respirar.

—No te vayas muy lejos, Adonis, y lo comprobarás —dijo en un hilo de voz.

—Me llamo Adam —dijo él colocándola sobre su cuerpo excitado —y pienso quedarme hasta que tú quieras. Te lo prometo —añadió besándola.

—¿Alguna otra promesa?

Adam le dijo al oído toda una lista.

—Oh, Adam.

Y las cumplió todas, una por una.

Les llevó un buen rato, claro. Para cuando terminaron, el sol ya estaba bien alto en el cielo.

—No me he rendido, ¿sabes? —dijo Adam.

—¿A qué te refieres?

—A tener un hijo.

—¿De verdad? Me sorprendes —dijo Claire con el corazón a mil por hora.

—Sí, a mí, también. Estoy más seguro que nunca de que lo conseguiremos.

—¡Vaya! ¿Niño o niña?

Adam sonrió.

—Es solo un presentimiento, no tengo tantos detalles —contestó Adam acariciándole la tripa.

—Adam, sabes que no podemos dejarnos llevar —le dijo—. Hemos pagado un precio muy alto en el pasado por hacerlo —añadió en tono grave.

Aun así, no pudo evitar sentirse emocionada. Adam tenía una complicidad especial con la tierra y con la naturaleza. Siempre sabía cuándo iba a llover. ¿Y si acertaba también con aquello?

Le tomó de la mano y él apoyó el oído en su tripa, como si estuviera escuchando.

—No sé si me estaré volviendo loco, pero creo que, en este mismo momento, se está concibiendo nuestro hijo.

Claire se quedó sin habla. No pudo evitar preguntarse… albergar esperanzas…

—Si tiene que ser, será —le dijo.

—Adam la besó en la frente.

—Tienes toda la razón.

—De momento, solo me voy a ocupar de ti. Quiero envejecer contigo y quiero que seamos sexualmente activos cuando tengamos canas, tanto si tenemos hijos como si no.

—Suena muy bien —murmuró Adam—. ¿Quieres que te dé unas cuantas pistas para que sepas cómo ocuparte bien de mí?

—Claro.

—Voy a tardar un rato.

—¿Tienes una lista?

—Por supuesto y es muy larga —contestó él besándola.

—Estupendo. Tengo todo el tiempo del mundo y muy buena memoria.

Fin